

Antología

Concurso Nacional de Microcuentos contra el Racismo

“Si tus ojos vieran mi historia”

Antología del Concurso Nacional de Microcuentos contra el Racismo “Si tus ojos vieran mi historia”

© 2021 Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento / Banco Mundial
1818 H Street NW
Washington DC 20433
Teléfono: 202-473-1000
Internet: www.worldbank.org

Este trabajo ha sido producido por el personal del Banco Mundial con contribuciones externas. Los hallazgos, interpretaciones y conclusiones expresadas en este trabajo no son necesariamente reflejo de la opinión del Banco Mundial, su Directorio Ejecutivo o los gobiernos que representa.

El Banco Mundial no garantiza la exactitud, integralidad o vigencia de los datos incluidos en este trabajo y no asume responsabilidad por ningún error, omisión o discrepancia en la información, ni obligación con respecto al uso o a la falta de uso de la información, los métodos, los procesos o las conclusiones presentadas. Las fronteras, los colores, las denominaciones y otra información que aparecen en cualquiera de los mapas de este trabajo no implican juicio alguno, por parte del Banco Mundial, sobre la condición jurídica de ninguno de los territorios, ni la aprobación o aceptación de tales fronteras.

Nada de lo establecido en el presente documento constituirá o se interpretará o considerará una limitación o renuncia a los privilegios e inmunidades del Banco Mundial, los cuales quedan específicamente reservados en su totalidad.

Derechos y permisos

El material contenido en este trabajo está sujeto a derechos de autor. Dado que el Banco Mundial fomenta la difusión de su conocimiento, este trabajo puede ser reproducido, en su totalidad o en parte, con fines no comerciales, siempre que se otorgue la atribución completa a este trabajo. Cualquier consulta sobre derechos y licencias, incluidos los derechos subsidiarios, deberá ser dirigida a: *World Bank Publications, The World Bank Group, 1818 H Street NW, Washington, DC 20433, EE. UU.* Fax: 202-522-2625. Correo electrónico: pubrights@worldbank.org.

Los autores individuales listados poseen los derechos de autor de sus obras

© Ernesto Flores Meruvia, Sebastián Moscoso España, Wara Moreno, Carol Blanco Aillón, Belén Condarco Ballón, Gustavo F. Espada V., Lupe Flores Cusi, Micaela Gómez Webber, Mateo Jiménez Calderón, Gabriel Zuna Escobar, Marcio Aguilar Jurado, Mariana Villa Luna, Elvia Andía Grágeda, Alejandra Altamirano Mercado, Fabio Góngora Huanca, Christian Jiménez, Katiuskha Lazcano, Kevin Luna Arellano, Elmer Mérida Paiva, Claudia Michel Flores, Ana María Ramírez, Carlos Rojas, Edgar Soliz Guzmán, Urania Terrazas, Ester Torrico Villarroel, Alam Vargas Chacón.

Edición: Rodrigo Urquiola Flores

Primera edición

© Portada e ilustraciones: Jorge Dávalos

© Diagramación y diseño: María Alejandra Cornejo

Depósito Legal: 4-1-4774-2021

ISBN: 978-9917-9937-0-4

Impreso en Bolivia

Noviembre de 2021

Antología

Concurso Nacional de Microcuentos contra el Racismo

“Si tus ojos vieran mi historia”

En marzo de 2021, la oficina del Banco Mundial en Bolivia lanzó el Concurso Nacional de Microcuentos "Si tus ojos vieran mi historia" con el objetivo de generar, a través del arte literario, reflexión y conversación sobre el racismo y sus consecuencias.

El flagelo del racismo es una barrera estructural para el desarrollo de los países y, por ello, su erradicación tiene estrecha relación con el cumplimiento de nuestra misión de reducir la pobreza y promover la inclusión. Este concurso nos ha dado la oportunidad de conocer cómo muchos bolivianos viven el racismo a diario –como víctimas, agresores u observadores– y cómo son afectados por sus impactos dañinos. Escritores de todos los confines de la nación reflejaron con talento y extraordinaria sensibilidad lo que piensa y siente la población, el sufrimiento profundo que causa el racismo, pero también la esperanza de eliminarlo en las nuevas generaciones.

Aunque esta tarea no sea posible de la noche a la mañana, la responsabilidad de dar pasos firmes es de todos. El camino es largo, pero confiamos que esta iniciativa fue uno de esos pasos.

Un especial y profundo agradecimiento al jurado calificador, conformado por los destacados escritores y artistas Elvira Espejo, Mauricio Murillo y Rodrigo Urquiola, que cumplió la ardua tarea de seleccionar las obras finalistas y las obras ganadoras.

Son historias poderosas que compilamos en las siguientes páginas, que nos ayudan a ver con los ojos del alma y que esperamos de todo corazón sean un aporte al sueño de la igualdad.

Indu John-Abraham

Representante Residente del Banco Mundial en Bolivia

Bolivia es un país bastante diverso atravesado por complejos sucesos históricos y políticos que, de una forma u otra, determinan cómo transita la vida de sus habitantes. El racismo –muchas veces negado o disfrazado bajo inciertas definiciones, tantas veces padecido en silencio– es un mal cotidiano que, a pesar de los avances contemporáneos, persiste.

El Concurso Nacional de Microcuento “Si tus ojos vieran mi historia” ha buscado, a través del ejercicio literario, rescatar voces que reflexionen sobre este problema. La convocatoria –dividida en dos categorías, A y B, una para jóvenes de 18 a 23 años y la otra de 24 en adelante– consiguió una participación de 632 propuestas de diferentes ciudades de Bolivia e incluso del exterior. El jurado calificador seleccionó a los 6 cuentos ganadores además de 20 finalistas que se destacaron en el certamen. Estos son los relatos que conforman este libro.

Resultaron ganadores de la categoría A los cuentos *Yo, Julio Tarqui*, de Ernesto Flores Meruvia; *Fausto y el olvido*, de Sebastián Moscoso España, y *33 variedades de papa*, de Wara Moreno.

En la categoría B, obtuvieron el premio los cuentos *Aprender a hablar*, de Marcio Aguilar Jurado; *Viaje a Chile*, de Mariana Villa Luna, y *Perfume de las manos*, de Elvia Andía Grágeda.

Si acaso hay un eje temático que une a los cuentos ganadores y finalistas, más allá de la consigna del certamen, es el ineludible encuentro con el otro, que puede ser transfigurado en una persona distinta o en una ciudad que quizás es ajena. Este encuentro, gracias al poder de la escritura, sucede gracias a una voz que se niega a desaparecer, que necesita hablar, que, tal vez, ha encontrado por primera vez un espacio donde manifestarse.

El racismo es un acto violento que deja marcas indelebles en quien lo ha sufrido, parece decirnos la voz que guía a muchos de los cuentos. Cuando se lo combate y se supera el dolor que ha ocasionado, pueden conseguirse sentimientos elevados como la hermandad o el amor, parece decirnos la voz que guía a otros tantos. La armonía y, por qué no, una comunión, solo es posible si se puede llegar a aceptar al otro y esto sucederá solo cuando se lo comprenda, cuando se escuche lo que el otro tiene por decir, es la idea que sobresale.

Todos los cuentos seleccionados son una interesante mirada que permite reflexionar sobre uno de los más grandes males que aquejan a la sociedad boliviana.

Rodrigo Urquiola Flores

Categoría A

GANADORES

Yo, Julio Tarqui
Ernesto Flores Meruvia

Fausto y el olvido
Sebastián Moscoso España

33 variedades de papa
Wara Moreno

FINALISTAS

Niña india
Carol Blanco Aillón

Colores
Belén Condarco Ballón

El bebé defectuoso
Gustavo Espada Vargas

¿Dónde está mi pollera?
Lupe Flores Cusi

Mi pequeña joven flor
Micaela Gómez Webber

Días así
Mateo Jiménez Calderón

Familia
Gabriel Zuna Escobar

Yo, Julio Tarqui

Ernesto Flores Meruvia



Me llamo Julio Tarqui. Soy aymara. Negro me dicen, mi piel es morena. Actualmente vivo en la ciudad, aunque no me agrada. En la urbe solo soy mosca, no puedo estar en un lugar mucho tiempo; o me botan, o me boto. Aunque, la verdad, siempre son ellos los que me botan. Ni en la calle puedo andar tranquilo. Cuando paso, las señoritas cuchichean. Mirá ese cholo, dicen entre ellas, como si no las escuchara. Mirá esos trapos, ese cabello, ¡esas uñas! Los señoritos sacuden sus sacos y pantalones, como si al verme se ensuciaran. Seguro me ven con cara de polvo. No saben disimular su disgusto, su incomodidad. ¿Será por mi color que me confunden con el polvo? ¡Pero si yo soy barro!, como ellos, como todos; no soy polvo ni polvareda. Es que... ellos son otra clase pues. "No me mires, no me toques" son. Cuando me ven se ofenden. Pareciera que con pasar nomás ya les estoy insultando. Cambian sus caras, se molestan. Por eso no me gusta bajar a la ciudad para ir a mi trabajo.

Vivo en las laderas. Mi casa está ahí, donde todavía llega el sol con plenitud; un poco más allá de donde terminan las demás casas. Todos los días bajo a la ciudad, incluyendo domingos. Gano poco. Afortunadamente vivo solo; nadie depende de mí. Yo soy mi única responsabilidad, mi único peso. Mi madre se ha muerto. A mi padre nunca lo conocí. No tengo hermanos. Cuido mi soledad, me la guardo. Compartir mi vida sería compartir también la miseria con la que vivo. Yo no haría eso, con nadie. Prefiero morirme así, solo. Soy albañil. Hago casas, grandes y lindas, para esa gente que tiene mucha plata. Yo, sin embargo, vivo en un cuartito de adobe. Arriba, en los andamios, quemado por el sol, pienso esta ironía, pienso en mi desgracia. Me pregunto: ¿Por qué tanto

para pocos? ¿Y por qué yo con tan poco, si como yo somos tantos? Nunca he podido responderme. Nunca he dejado de preguntarme...

¡Qué cuecas, che! Esas que tocan en La Chola Flora. Yo no conocía esa chichería. Mis amigos, los otros albañiles, me han llevado un día. Ahora vamos todos los viernes. En ese lugar me siento bien, no es como en las calles. Pareciera que ahí no visto trapos, sino ropa. Sirven rica chicha, y es más dulce si suena *Tu orgullo*. Esa es mi pieza, mi cueca. Me gusta porque es un engaño. Y así engañado me gusta bailar y cantar. Yo sé que no es verdad, que "no se hace tanto como se paga", como dice la letra. Nunca he visto pagar a esa gente que me maltrata, que me desprecia. Tampoco es verdad eso del vaivén. Yo solo voy y vengo de mi trabajo. Muevo y remuevo la mezcla. ¡Nada más! Todo es mentira en esa cueca, no significa nada real. Por eso significa tanto para mí. Cuando les cuento esto a mis amigos, se me ríen. ¡Mejor tomá, Julico!, me dicen. Yo también me río pues, qué voy a hacer. ¡Salud!, les digo. Entonces, tomamos. ¡Todo es reír nomás en esa mesa! Que tal chiste, que cuál chisme. Nadie nos dice nada. Ahí no hay moscas ni polvo. Nos abrazamos sin asco porque todos ya estamos sucios. Ese rato puedo cantar y bailar con libertad. Son esos momentos en los que mi corazón se alegra. Me olvido de lo demás. Mi memoria se pierde. Estoy muriendo la vida y no me estoy dando cuenta.

Fausto y el olvido

Sebastián Moscoso España

Era 1950. Fausto Condori subía una calle pedregosa y empinada en el centro de La Paz, por la que gentes apresuradas pululaban entre lugares desconcertantes, incapaces de mirar hacia los hondos pesares prójimos. Cargaba sobre sus espaldas de bronce un gran ropero de puertas lacadas y relieves galos, con espejos labrados. El patrón lo apuraba, contagiado por el afán de las personas.

Unas gotas de sudor comenzaban a correrle por la sien. Frunció el ceño. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, tensaba cada músculo de su cuerpo embrutecido. Acaso en el fondo de ese cuerpo, su alma tal vez, sentía que la carga no era solo la de aquel majestuoso mueble, sino también del gran pesar de su vida miserable y desdeñada por los demás, por hombres como el patrón que lo apresuraba, vociferando con intransigencia.

Si en verdad sentía aquel pesar desde el alma, quizás tendría una. Tal vez no era como recordaba las palabras de la dueña de una pensión, quien lo acusó de robarle:

–Los indios no tienen alma.

Levantando la cabeza de cuando en cuando al subir por esa cuesta, podía ver a los presurosos mirándolo de reojo, con desprecio, molestándose de que obstruyera su paso.

Descargó el ropero en el primer patio de una casona. Se quitó tímidamente el chulo para recibir apenas unas pocas monedas. Las aceptó con resignación, le servirían para comprar un par de panes. Se dirigió a paso apresurado hacia una tienda, donde, en un cansado aymara, los pidió. Una anciana obesa, con gesticulaciones acusatorias, le entregó unos del día anterior.

Fausto hizo una reverencia exagerada a manera de agradecimiento. Se metió la mitad de un pan a la boca y caminó sin rumbo. Encontró una plazuela con bancos sin gente. Cómodamente, se repantigó a intentar saciar su intensa hambre. Sus tripas sonaban, como quejándose de la vorágine de la escasez y sus intempestivos sentimientos.

Un hombre y una mujer se sentaron en un banco de enfrente. Esas miradas otra vez se posaron sobre él.

–Pero dime, ¿adónde vamos a ir a parar? Si ahora estos vienen como si nada a las plazas– dijo la mujer, señalándolo.

Fausto bajó la cabeza. Unas ganas de llorar le oprimieron el pecho y la garganta; pero se contuvo, como le habían enseñado. Debía acostumbrarse a ser expulsado. Hasta su cuñado, portero de una escuela, quien lo había recibido al llegar del campo por primera vez, tuvo que echarlo del lugar ante las quejas de la directora.

Caminó errando por las arterias de aquella enigmática

ciudad vibrante del altiplano. Atardecía. El Illimani se veía imponente cual guardián de antiguos secretos.

Se sentó en una grada, afuera de una chingana. Mansamente, un perro flaco y de pelaje raído se le acercó, él lo acarició. Con lágrimas en los ojos, recordó su comunidad. El recuerdo era lo más valioso que tenía. Las gentes que pasaban por su lado habían olvidado la compasión y la generosidad. Algunos iban en camino a olvidar incluso su propia humanidad. Pero Fausto, con el corazón abierto, se compadecía de ellos.



33 variedades de papa

Wara Moreno

El día comenzaba temprano. Las bolsas dobladas, hiladas y chillonas, listas para cargar los bienes más preciados de la semana. El almizcle, en el aire, de la fruta meticulosamente ordenada. Una torre de duraznos. Un amarro de manzanilla. Filete de lomo. Cabeza de choncho. "¿Tan caro?". "Dame media cuartilla". "Yapame, caserita".

El viaje de los sábados siempre había sido una magnífica travesía. Un acto religioso. Caminar de la mano de mi abuela por los laberintos del mercado, aquellos que deben ser recorridos con cautela. Uno corre el riesgo de quedar hipnotizado por el color de las verduras. De sucumbir a la tentación de un api con pastel. De regurgitar las dulzuras al ver



cómo se prepara el ají de lengua. "Muy ambicioso es el paceño". "El cambia es flojo". "El cochala es envidioso". "K'ara eres". "¡Animal, t'ara!". "¡Fijate por donde pasas!".

Pasando el sector de las carnes, llegábamos a la última parada de la ruta. Bolitas de tierra, o de arcilla, sentadas una sobre otra. Algunas, muy pequeñas y redondas. Otras, oscuras y largas. Varias llevaban puntos amarillos. La kollu es morada por dentro. La imilla para hacer papa wayku. Ella, la vendedora, debía ser una mujer muy fuerte. Alzó lo que quedaba dentro el gangocho y sus trenzas ondearon. Las papas cayeron y alzaron polvo. El sonido de todas es el mismo, medio vacío, medio sucio al llegar al piso. Rodaron decenas de esferas marrones. Todas eran iguales. Cubiertas de tierra, de ojos y de protuberancias. Saltando sobre ellas mismas, en búsqueda del origen. Deseando encontrar un lugar donde echar raíces. Si plantamos las bolitas marrones, si las enterramos bajo tierra, ¿se pueden volver flor?



Niña india

Carol Blanco Aillón

Era invierno, cuando las flores caen y los parques empiezan a teñirse de colores. Ella sufría vuelcos en su corazón, pero todavía se sentía con el alma intacta. Solo hasta ese día.

Rompiendo la fragilidad del tiempo de un momento a otro, entre tantos colores, ahí estaba ella, cubriéndose la cara con las dos manos. Las tenía algo gastadas y rajadas por el frío. Caminaba en medio de ligeros empujones y pasos apurados. Todos sus sentidos se agudizaban y se sentía más sola.

El sol se ocultó entre las nubes. Gotas de agua empezaron a deslizarse por el vacío hasta quebrarse contra el pavimento. El frío la abrazaba. Su pequeño corazón estaba triste.

La niña de piel cobriza y ojos negros apretaba sus labios rajados para no quebrar su silencio en llanto, no debía llorar. De pronto no supo reaccionar, los latidos de su corazón retumbaban en un hueco aislado de la realidad, como pequeños bombes en la cabeza y un zumbido largo de inagotable agonía.

¿Mamá?, se preguntó a sí misma. No pudo encontrarla, no pudo ver sus polleras floreadas y envolverse en ellas para así dejar de lado todo lo que estaba sintiendo ni jugar con las trenzas negras

que le caían por la espalda. No halló la elegancia de su manta hecha de diamantes y lana fina, mamá no estaba.

El miedo le carcomía el alma. Estaba tiesa, en silencio, sin poder hacer nada. Sentía las miradas y las palabras, no podía defenderse.

¿Por qué? Ella imaginaba a esas personas a las que ellos se referían portando arcos y flechas, casi sin nada de ropa y con plumas en la cabeza.

Con los ojos cerrados, se imaginó a sí misma. Tenía unos pantalones azules y una chompa llena de gusanitos de lana, que su madre, con mucho esmero, punto por punto, había tejido para su pequeña.

Pensó que era, quizás, porque no se había lavado la cara. Pero, ¿por qué decirlo con tanto odio?

Si esas personas cuidaban tanto la naturaleza, así como ella, que siempre agradecía al Señor Sol por regalarle haces de luz y podía sentir esa calidez en su corazón, entonces, ¿por qué le gritaron *¡niña india fea!*?



Colores

Belén Condarco

A los dos años ya sabía distinguir los colores en su revista vieja de superhéroes, que había encontrado en la orilla del lago unos días atrás. Sin embargo, el pequeño no podía distinguir el color de sus propias raíces en los rostros de aquellos personajes tan fuertes y poderosos. Pasó hoja tras hoja hasta llegar al final. Antes de cerrar la revista, colocó su minúscula mano sobre el dibujo de un bebé. En cuestión de segundos, un par de bonitos hoyuelos resaltaron en sus mejillas.



¿Dónde está mi pollera?

Lupe Flores Cusi



El viento soplabá. Parecía que el otoño buscaba aferrarse mientras llegaba el invierno. Esta pollera estaba ahí cuidando valientemente mis rodillas.

A la salida del colegio me esperaba mi madrina. Ella conocía mis necesidades y me ofreció su ayuda. Trabajar limpiando en un hospital no sonaba mal a mis oídos. No tenía experiencia, pero sí la necesidad de conseguir dinero para comprar medicamentos para mi padre. Cuando llegamos al hospital, mi madrina se apresuró a llevarme al baño y me dijo:

–Vestida así, no dejarán que te ganes unos centavos.

Rápidamente sacó ropas que yo no solía usar. Me hizo ponérmelas mientras peinaba mi cabello con fuerza para evitar esa división central en mi cabeza a causa de mis dos trenzas.

El frío entró por mis rodillas. Eso me recordó que mi madrina se había llevado mi pollera. Al llegar a casa, el sueño se hizo parte de mí y no dudé en aceptarlo.

El invierno fue más duro, pero eso no me detenía. Escapaba a mitad de clases para ir a lavar las sábanas y limpiar los pisos del hospital. La mitad del dinero se iba en los pasajes y la otra, en medicamentos. Estaba feliz hasta que mi padre empeoró. Entonces, desesperada y olvidando recoger mis trenzas, lo llevé al hospital. El doctor encargado salió y me reconoció.

–Tu padre se pondrá bien, debe consumir alimentos limpios, sin bacterias –dijo y me dio una lista de medicamentos que se me hacían familiares.

Sin más, volvimos a casa. Pero eso solo era el comienzo. Pasaron los días y



se escuchaban comentarios como: “Hay una chola trabajando en este hospital”, “Deberían echarla, ahuyenta a los pacientes”. Luego, las palabras se convirtieron en hechos.

–¡Indigente, desvergonzada, chola, campesina, aparte de darte dinero nos robas! –gritó la encargada de limpieza.

Yo no me di cuenta de que se refería a mí hasta que sentí sus manos en mi cabeza. Jalándome de los cabellos me sacó fuera del hospital.

No volví a ese lugar. Me acusaron de robar medicamentos para mi padre.

¿Dónde está la pollera que me protegía cada invierno? ¡Si tus ojos vieran lo que viví! Sin dinero ni medicamentos esa parte de mi historia terminó.

Soy Libertad y ya terminó el invierno. Hoy soy una doctora con mi pollera y mis trenzas.



Mi pequeña joven flor

Micaela Gómez Webber



En algún lugar del altiplano boliviano, muy lejos de la ciudad, vive una mujer hermosa como la mañana. Su piel es como la canela. Su cabello es como el carbón, está sujeto en dos amarres con la forma del trigo, es largo y lindo. Viste muchas faldas que se mueven con el viento. Según yo, muy elegantes para el campo, pero le quedan bien. Aquí, afuera, le decimos *cholita María*.

Su casa no es muy grande comparada con sus cultivos, que no descuida jamás. Se levanta muy temprano en las mañanas y pasa a saludarnos: "Buenos días a las flores, buenos días señor pasto, buenos días a los cultivos". Después, nos echa agüita, nos canta un poco y se va. Así todos los días.

Cada cierto tiempo recoge un poco de papa, quinua y maíz para llevárselos a su casa. La verdad, estoy un poco celosa, lo que daría yo por comer con ella. No entiendo mucho de la vida, de nada en general, pero siempre me pregunto por qué no se fija en mí. Yo soy la más bonita de las flores. Mis pétalos dorados son como una melena rubia, mi tallo es muy delgado y largo, mi especie no se compara con las de aquí. Mi cholita viene y le habla a la papa cuyo color carece de vida, tiene muchos ojos y crece bajo tierra. Luego, le habla al pasto que está seco, amarillo y un poquito muerto. Al final, estoy yo. Nos trata a todos como si fuéramos iguales. No lo puedo comprender.

Un día en que, como de costumbre, ella se acercó a saludar, le pregunté: "Cholita linda, no te entiendo, ¿acaso no me notas? Me tratas igual que a la tierra. ¿No soy superior?". Ella respondió: "Mi pequeña joven flor, tú, al igual que todos aquí, eres importante para mí. Todos vienen de la misma tierra, respiran el mismo aire, beben agua de la misma fuente. Yo siembro, ustedes nacen, crecen, algunos se reproducen y otros, mueren. Sienten tristeza, felicidad, dolor y amor. Nadie es más ni menos, incluyéndome. Por eso, mi linda flor, todos merecen el mismo respeto, el mismo trato".

Ese día, mientras mi cholita se iba a su casa, me di cuenta. Un pensamiento como el mío, lo admito, un tanto egoísta, no tenía lugar en su corazón. Comprendí que el sentimiento que ella tenía por nosotros no se guiaba por tamaños ni colores ni especies, es algo que no cabe en un lugar tan pequeño como el corazón humano porque es más grande que el sol. Si todos fuéramos como mi cholita, todo se vería a través de los ojos de la igualdad y el mundo sería mejor.

El bebé defectuoso

Gustavo Espada Vargas

El calendario, de esos que regalan en la iglesia, me muestra a una mujer blanca sosteniendo a un bebé de mejillas sonrosadas: la Virgen María y Jesús. Llevo observando la imagen toda la mañana. Me doy cuenta de que mis manos están muy lejos de ser consideradas blancas.

Mi madre se pasea por el comedor llevando los platos a la cocina. No es un momento en el que me preste mucha atención. Le pregunto:

—¿Conoces a Julio?

—Ese tu amigo, ¿el humilde?

—Sí.

—¿Qué tiene?

—Va a ser papá.

—¡Pobrecito su hijo! Pero no es culpa del niño, uno no elige a los padres.



—Yo no le veo nada de malo.

—Va a salir morenito.

Se limpia las manos con un trapo.

—¿Eso es un problema?

—¡Claro que es un problema! No vas a empeorar la raza. Si fuera yo la madre de la infeliz...

Alza los cubiertos.

—¿Qué harías?

—Nada, hijita, olvídale. Dile a Julio que... lo felicito —dice, con hipocresía.

Abre la llave del grifo.

Una arcada recorre mi esófago, la contengo con temor a que lo descubra. Antes de irme, me fijo en el calendario de nuevo y murmuro: «Aún me quedan siete meses para arreglarlo».

Días así

Mateo Jiménez Calderón

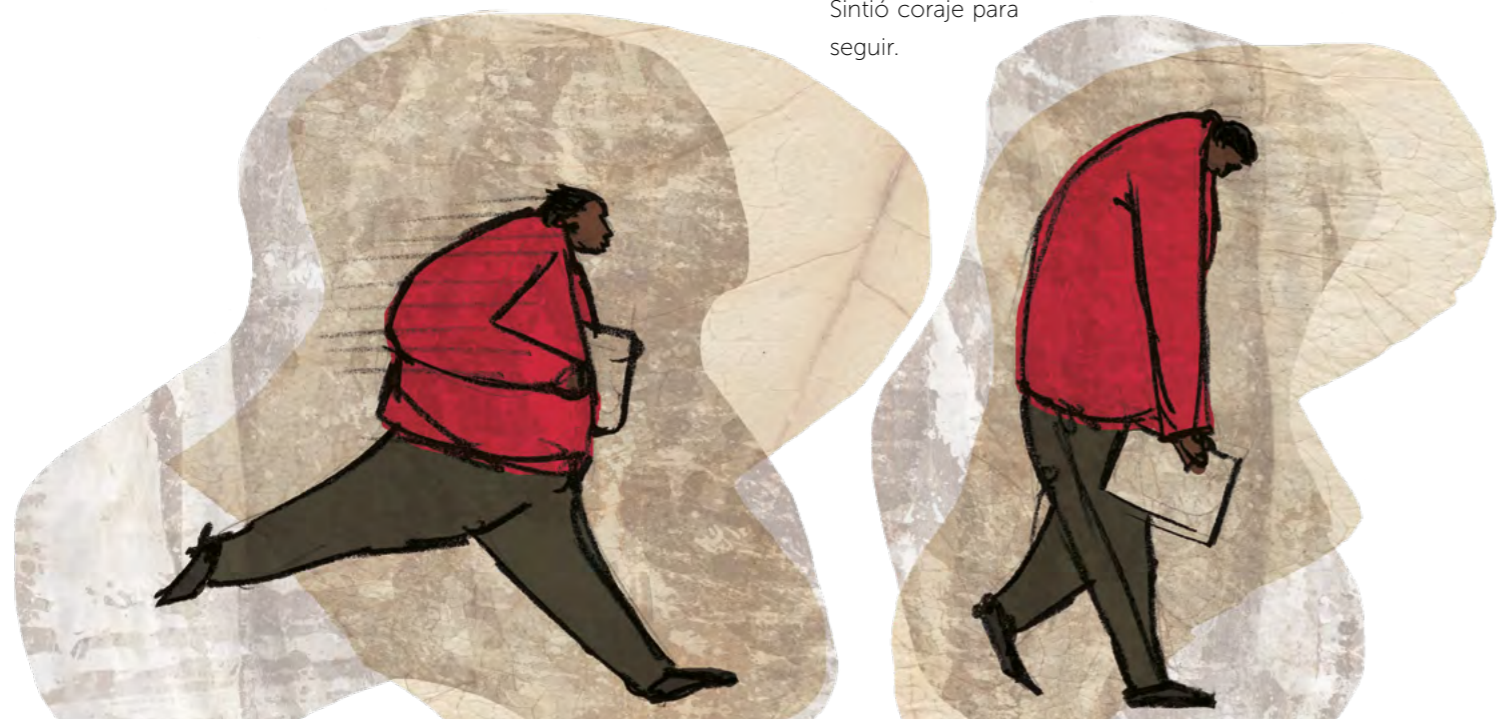
Tuvo que salir con prisa de su casa. Anoche, la Domi había tenido pesadillas y por calmarla se quedó dormido.

Se alistó a la rápida, cosa que lo incomodaba, porque todavía a sus treinta y algo años, no dejaba de sentirse observado, aunque no sabía decir por quién. De cualquier forma, sí tuvo tiempo para despedirse con un beso de su mujer. Ella, medio dormida, se lo devolvió y le apretó con la mano con fuerza. Eso lo hizo sentir un poco más animado. Quizás sí sería un buen día.

Desde su casa hasta la parada del mini había

un tramo largo de escaleras. Lo bajó a zancadas. Cualquier otro día se hubiese detenido a apreciar la imponente ciudad, donde él quería vivir, pero hoy no podía permitirse llegar tarde, así que sus sueños tenían que esperar. "Pero si lo de hoy sale bien ...".

El viaje hacia la ciudad fue lento. Eso no ayudó a calmar sus nervios. Tampoco que, al caminar por la ciudad, la sensación de ser escudriñado incrementara. Su mujer le decía que no se acostumbrarían a vivir ahí. Esa inquietud le hacía pensar que ella podía tener razón. Pensó en desistir y volver a casa. Mas recordó a Domi, quien apenas comenzaba a soñar. Sintió coraje para seguir.



Así, arribó a su destino. Una vez dentro, en la oficina a la derecha, en el piso 9, sintió que las paredes se le cerraban alrededor. Nadie le había respondido el saludo, mucho menos la sonrisa. La secretaria no hizo ademán de atenderlo. Cuando lo llamó, fue de manera seca. "Es por tu ropa vieja", se dijo. Pero sabía que era por algo más.

Antes de él, entraron tres personas. Estuvieron buen tiempo dentro. Luego, llamaron por él: Condori, Eduardo. Se vio a sí mismo, sentándose frente al hombre del escritorio. Él no hizo más que darle una rápida ojeada a sus documentos, como quien no tiene nada mejor que hacer. La entrevista fue breve. No le preguntó mucho, solo le informó que buscaban a alguien más profesional. Eduardo asintió y se fue.

Mientras volvía a casa, desde la ciudad hacia la ladera, sentía un peso en su pecho. "Este no fue un gran día". Este era solo un día más. Pensó en Domitila y se le formó un nudo en la garganta. Días así le tocarían a ella también.



Familia

Gabriel Zuna Escobar

Era parte de la familia. Así empezaba la declaración de la pareja. Incrédulos, denunciaban que la empleada había escapado, a medianoche, de vuelta a su pueblo, donde supuestamente la esperaba una hija. Ninguno sabía –¿cómo iban a saber?– que Martita era madre. Con solo 17 años, no podían creer eso de su doméstica.

Nosotros la apreciábamos, decía el esposo. Desde que la vi por las calles del centro, caminando como una oveja, tan lejos de su corral, supe que debía acogerla. La subí a mi auto sin vacilar. Se notaba que era de pueblo por cómo miraba los edificios, por cierta desconfianza que me tenía. Cuando se la mostré a mi mujer, ella no se negó. Andábamos en apuros por contratar una empleada de confianza y qué mejor que una joven sola, que viene del campo, donde no hay maldad.

La queríamos para nuestros hijos, dijo la esposa, para que sea su nana, para que haga la comida y lave la ropa. Ya saben, típicas tareas de ellas. No tengo paciencia para atender la casa, ni las necesidades de los niños, pero estábamos seguros de que Martita podía. Se le notaba en el rostro y en las manos que tenía disposición para trabajar.

El policía tomaba nota de la declaración.

Al empezar la cuarentena, continuó el hombre, ella cambió. Ya no cocinaba bien. Atendía mal, casi con desdén, a los niños, como si les estuviera perdiendo la paciencia o el cariño. Me pedía, a veces, cuando debía estar planchando la ropa, irse para su casa. Esta es tu casa, yo le decía. Luego ella callaba, pero seguía con esa actitud de mierda.

Claro que no podíamos dejarla ir, corroboró la mujer. Ella tenía todo lo necesario con nosotros y su apoyo es indispensable en el hogar, más aun en tiempo de cuarentena. Cómo se supone que yo cuide a los niños y a la casa. No hablábamos sobre su vida, no sabía que era madre, pensaba que esa habilidad para la crianza era innata en ellas. Recién nos enteramos que tiene una hija de 4 años cuando la hicimos investigar para saber de qué pueblo es.

Por favor, oficial, concluyó él, tráigala de vuelta, la casa está del revés sin ella.

Sí, sargento, por favor, añadió la mujer.

Daremos con ella, aseguró el policía, y la regresaremos al lugar que le corresponde.



Categoría B

GANADORES

Aprender a hablar
Marcio Aguilar Jurado

Viaje a Chile
Mariana Villa Luna

Perfume de las manos
Elvia Andía Grágeda

FINALISTAS

Color tierra
Alejandra Altamirano Mercado

A través de un puente
Fabio Góngora Huanca

Aprendizaje
Christian Jiménez

Aymara quiero aprender
Katiuskha Lazcano

¿Por qué?
Kevin Luna Arellano

¡Camba! ¡Colla!
Elmer Mérida Paiva

Vocales
Claudia Michel Flores

Estrella soñadora
Ana María Ramírez

Solsticio de Patujú
Carlos Rojas

Hija del viento
Edgar Soliz Guzmán

La Vega Central
Urania Terrazas

De visita
Ester Torrico Villarroel

Yo solo quería jugar
Alam Vargas Chacón

Aprender a hablar

Marcio Aguilar Jurado

Una radio le devolvió la voz. Juana se lamenta de que Trinidad Apaza, su madre, no haya podido escucharla. Se fue a la tumba sin conocer la palabra de su hija porque el 2 de enero de 2005, catorce años antes de la emisión radial, la enterraron por culpa de un cáncer.

Juana, muda del cuerpo y de la voz, en realidad, podía hablar. Pero no era ella la que hablaba, era su madre. Trinidad Apaza había puesto sobre su hija su propio cuerpo y sus propias palabras. Cuando el señor te mande, le decía, te has de agachar un poco, así, mirame, solo la cabeza, no todo el cuerpo, y le has de responder: sí don Gustavo, claro don Gustavo, está bien don Gustavo. Así has de hacer, ¿me entiendes, hija? Y Juana respondía con la cabeza: un movimiento hacia arriba, un movimiento hacia abajo. A Trinidad Apaza aquello no le gustaba. Ay, esta imilla, le volvía a decir. Te estoy diciendo, así como yo vas a ser, así como yo vas a decir. Quiero que me respondas con la boca, ¿has entendido? Entonces Juana respondía: sí mamá, claro mamá, está bien mamá.

Más tarde, Juana diría por la radio que aquella era una forma de aprender a ser muda.

Después de imitar cada inclinación del



cuerpo, después de repetir cada entonación de voz, después de agarrar los trapos con el mismo empeño, después de doblar la ropa reproduciendo el orden, Juana se convirtió en su madre.

El 2 de enero de 2005, terminó la copia. Cuando Trinidad Apaza murió, Juana se quedó a cargo de la casa de don Gustavo. Un día, aprovechando la ausencia de la madre, el viejo se puso al frente de la hija y le preguntó: ¿tienes hermanas? No, don Gustavo, respondió Juana. Qué lástima, continuó el viejo. Ustedes las indias, las cholos, bien trabajan, creo que nacen para empleadas, ¿no? En un mes mi hijo comienza a vivir solo y quiero para su casa una como tu madre, una como vos. A ver, pensá, debes tener alguna prima, alguna amiga. Juana se quedó en silencio.

Más tarde, el día de la emisión, ella diría que aquella era una forma de perder la voz.

Casi diez años después de la muerte de su madre y cuatro antes de la emisión radial, Juana, con diecinueve años, decidió dejar la casa de don Gustavo. Salió una noche, la misma en que el sudor del viejo entró por primera vez a su cuerpo. Trinidad Apaza no le había enseñado nada sobre aquello. Juana, mientras metía en una bolsa la poca ropa que tenía, pensaba en su madre. ¿A vos también mamá? ¿A vos también, como a mí?

Más tarde, modulando la rabia con el micrófono en frente, Juana diría que ante el dolor

se perdía el habla y también el cuerpo.

La hija de Trinidad Apaza salió esa noche. Mientras caminaba se daba cuenta de que no solo escapaba de una casa, sino también de una madre y de sí misma. Así como yo vas a ser, así como yo vas a decir, ay esta imilla, recordaba Juana. Pero ahora, mamá, ¿qué hago? ¿Qué has hecho vos? ¿También te has salido? ¿Has vuelto?

Las respuestas no las encontraría esa noche, tampoco las siguientes.

Una tarde, después de cuatro años de estudio en la universidad, Juana estaba sentada en la oficina de una emisora y tenía un micrófono en frente. A su costado, había otras mujeres como ella. Luego de una breve presentación, la conductora dijo: aquí tenemos a Juana, ella es comunicadora y tiene muchas cosas que contarnos. Juana, háblanos de tu experiencia.

Yo también fui empleada, entonó la hija de Trinidad Apaza, y puedo decirles que recién ahora aprendí a hablar.

Viaje a Chile

Mariana Villa Luna



—Pero, ¿cómo es posible? ¡Cómo es posible! —exclamaba a mi lado una exaltada señora con el pelo corto teñido de rubio, erizado por el horror que sentía y que la había hecho levantarse como un resorte de su asiento—. Sencillamente no es posible —seguía diciendo enojadísima—. Esto es el colmo, es una falta de respeto —protestaba mientras giraba sobre su propio eje sin saber si bajar sus pertenencias del portaequipaje o no, mirándome de rato en rato con ojos fulminantes. —Y usted, ¡muévase! —me gritó, finalmente.

Yo, claro, estaba muy confundida pues no entendía a qué venía tanto escándalo, así que me levanté también del asiento. En eso, llegó la azafata del avión. La gente en sus asientos empezaba a murmurar y a mirar en nuestra dirección.

—¿Algún problema? —preguntó la azafata, de mala gana, seguramente ya cansada de su jornada laboral, sin mucho ánimo de lidiar con pasajeras alboroterías.

—Sí, señorita —le contestó la señora teñida que llevaba una falda sastre color beige y pulseras en las muñecas—. ¿Cómo es posible que me sienten al lado de esta chola? — y me señaló con la mano abierta—. Más aún, ¿cómo es posible que dejen subir cholas a los vuelos? ¡Es que es el colmo, señorita! —recalcó.

Esperé a la respuesta de la azafata porque seguía sin entender cómo habíamos llegado a ese punto.

—Señora —le contestó ella, con voz monótona—, los asientos se designan al azar en el momento de hacer el check-in en ventanilla.

—Pero es que es una falta de respeto, yo no voy a viajar así, me bajo del avión inmediatamente. ¡O viaja ella o viajo yo! —concluyó la señora.

—Si quiere, le cambio de asiento —respondió la azafata.

—Es que no se puede soportar a estas cholas con sus polleras y su olor a chola, no sé ni cómo se les permite viajar en avión —continuó la señora, en su arrebato, ya bajando sus cosas del portaequipaje para cambiarse de asiento.

En ese momento, se dieron la vuelta mis patronas, que estaban en sus asientos dos filas más adelante y le dijeron, no sé si a la azafata o la señora histérica:

—Está viajando con nosotros, es la niñera de nuestros hijos — señalando a dos niños que viajaban una fila delante de ellos.

Íbamos a Chile, a pasar las vacaciones de carnaval. Era 1999 y aquel día se armó tremenda discusión en el avión antes de despegar del aeropuerto de El Alto, porque, aunque finalmente cambiaron de asiento a aquella loca señora, todo el mundo empezó a opinar, que si debieran haberme dado un asiento con la familia con la que viajaba, que si debiera haberse callado la señora y no armar tanto escándalo por nada, que había más gente que no se hubiera querido sentar a mi lado, que cuánta ignorancia.

Viajé mirando por la ventanilla el océano azul, azul oscuro. Íbamos a ir a la playa y yo vería el mar por primera vez.

Perfume de las manos

Elvia Andia Grágeda

Mi vista está enfocada en su capa heroica de plástico. Escucho golpear las gotas de la lluvia en su sombrero. Sus pies están rojos de frío y sus abarcas aprietan sus dedos.

Armado con bolsas de limón y ramos de manzanilla, él corre, con cierto temor, hasta las ventanillas de los coches. Muchos lo ignoran. Algunos cierran con prisa los vidrios. Otros aceleran su paso y salpican agua a su ropa húmeda.

Estoy sentado en una acera, cubierto con aguayos y cuidando nuestro patrimonio: un saco pequeño de limón y un montón de manzanilla.

Veo a la gente pasar, ellos también me miran, pero no por mucho tiempo. Con mi mirada, sigo los movimientos de mi padre. Me siento seguro cerca de él, tengo miedo de que desaparezca.

El sonido de la lluvia me ayuda a recordar las palabras de aliento y la alegría de las personas de mi comunidad al vernos partir.

—¿Te vas a la ciudad? ¡Qué suerte!

¿Suerte? Quizás, en ese momento, la emoción de la aventura me dejó imaginar días mejores.

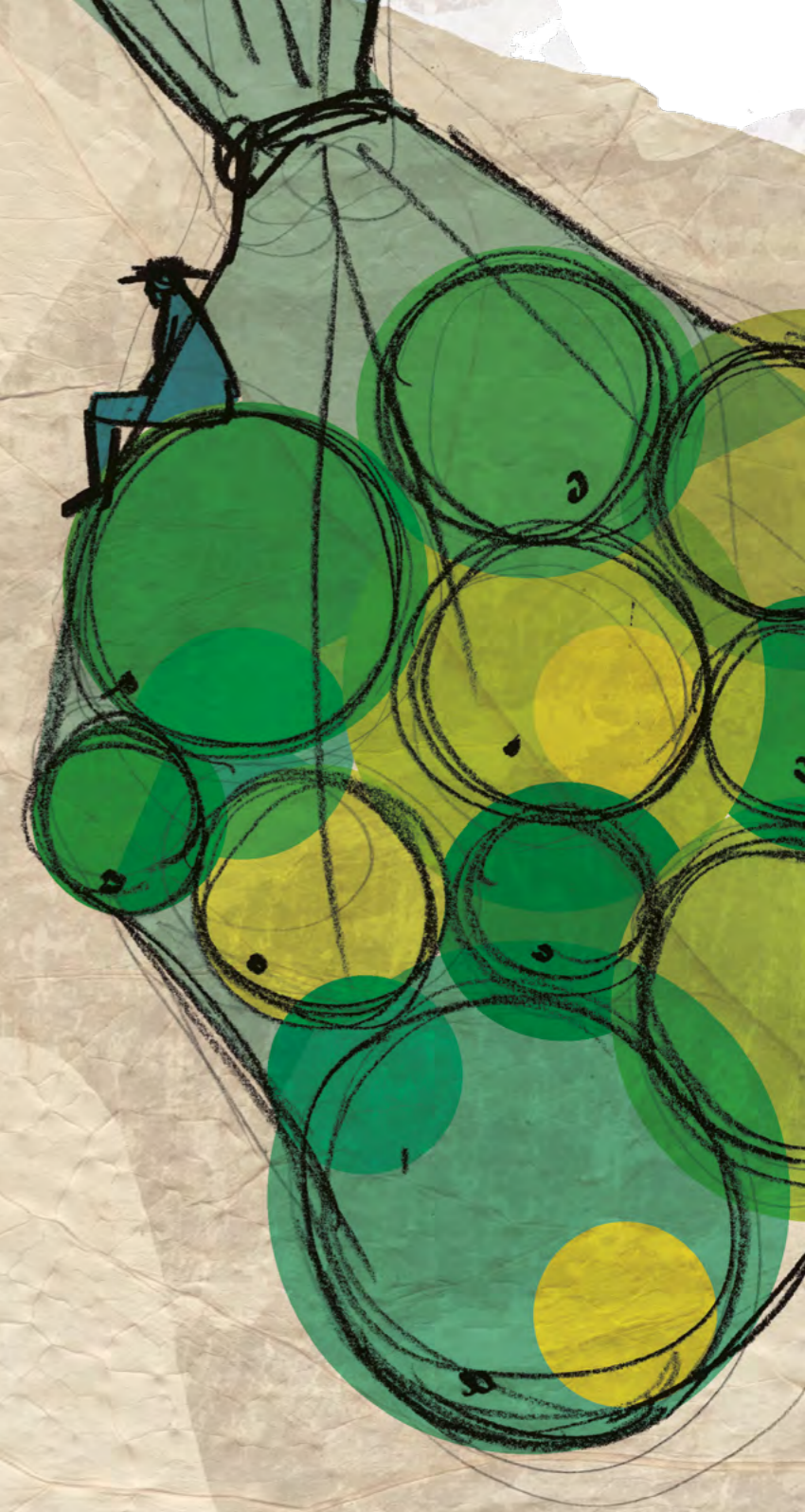
Desde los asientos improvisados sobre las cargas de papa, yo y mi padre divisábamos un futuro algo menos complicado. Con cada movimiento brusco del camión, sentíamos que estábamos más cerca de las luces, del dinero, de la oportunidad y del trabajo.

Ahora solo quiero volver a mi pueblo, donde las personas no me miran con pena ni me tiran monedas para evitar que me les acerque.

Veo a mi padre y a otros miembros de mi comunidad, corriendo por su vida cada vez que cruzan una calle. Los veo lavar su ropa en las plazas y dormir en las bancas o en casas improvisadas con cartones y plástico.

Cada mañana, como si fuera un ritual, en nuestro campamento improvisado, todos compramos limones y manzanilla de otras personas de la ciudad, quienes quizás no sepan siquiera cómo cultivarlas.

Mi padre me enseña a contar mientras llenamos las bolsitas con limones. Juntos contamos las monedas e imaginamos el día que podremos volver a casa. Él me mira los ojos y me acaricia el rostro. Puedo sentir sus manos, no son muy suaves, están llenas de un perfume a limón y manzanilla.



Color tierra

Alejandra Altamirano Mercado

Al llegar del colegio, Wara preguntó:

—Papá, ¿soy de color tierra?

La mirada del padre se ensombreció unos instantes, pero se repuso casi de inmediato.

—¿Por qué lo preguntas, hijita?

—Me lo dijeron unos niños en el colegio— repuso tristemente la niña.

El padre la observó con detenimiento y, luego, desde diversos ángulos. Finalmente, sentenció, muy serio:

—Así es hija, tu piel es color tierra.

Al oír esto, Wara agachó la mirada con pesadumbre.

—Al igual que la mía— añadió, y ella lo miró de soslayo—. ¡También la de tu madre y la de tu amiga Sara! ¡La de los vecinos de junto y la del profesor de matemáticas del colegio!— prosiguió, cada vez más emocionado. —¡La del oficial de tránsito al que saludamos todas las mañanas y la de don Miguel, el tendero de la esquina! ¡También la de todos los niños y niñas de tu escuela!

Wara lo miraba muy confundida.

—Pero papá, ¡todos los que mencionaste tenemos colores de piel muy diferentes!— dijo, mientras esos rostros danzaban en su mente.

—Es cierto— contestó el padre, con alegría—.

Muchos colores de piel distintos, al igual que variados son los colores de la tierra.

Algunos son más rojizos y ocres por la presencia de hierro, otros más amarillentos y marrones por el mineral. Hay tierras más oscuras, buenas para el cultivo y tierras muy muy pálidas, como la phasa, que es una arcilla de origen volcánico, tierra comestible.

La hija lo miraba ahora con los ojos muy abiertos ante tal revelación.

—¡Todos los seres humanos somos de color tierra!— concluyó—. ¿Quieres saber la razón?

Ella asintió muy emocionada

—¡Porque todos somos hijos de la Madre Tierra, de la Pachamama!

Wara comprendió y, contenta, dijo:

—¡Por esto es que debemos tratarnos todos como hermanos y sentirnos orgullosos de llevar los colores de la Madre Tierra en nuestra piel!



A través de un puente

Fabio Góngora Huanca



Dos jóvenes creadores de instrumentos musicales vivían divididos por un río muy ancho, caudaloso e imposible de atravesar. Se comunicaban a través de la música. Uno tocaba los instrumentos de cuerda que él mismo fabricaba y el otro lo acompañaba con los de viento, también de su creación. Cuando ambos interpretaban canciones al unísono, las hojas de los árboles acompañaban los compases con ayuda del viento y las piedras que arrastraba el río simulaban un tambor que dirigía el ritmo de las canciones, que eran un deleite para los pueblos de cada músico.

Un día, los líderes de las poblaciones a cada orilla del río tomaron una decisión: construir un puente para que los jóvenes músicos y su gente, por fin, se conocieran. Un lado inició la construcción del puente instalando unos postes de sauce y el otro, con tablones de abedul. Todos trabajaban animados, con arduo esfuerzo, y los instrumentistas también ayudaban, no solo con sus interpretaciones, sino transportando algunas herramientas o sirviendo refrigerios.

De repente, sucedió algo extraño. Mientras más se acercaban los pueblos a través del puente, menos

gente continuaba con la construcción. Las personas ya no estaban entusiasmadas con la idea. Resulta que a unos no les agradaba cómo trabajaban "los de las cuerdas" y a los otros no les gustaba la labor que hacían "los de los vientos".

Los músicos no entendían lo que estaba ocurriendo. Se percataron de que la mano de obra se había reducido solo a ellos dos, a pocos pasos de unir ambos lados. Después de conocerse y conversar, no quisieron dejar de lado la construcción y su sueño del puente que uniera a sus pueblos. Entonces, determinaron finalizar el puente por su propia cuenta. Sin el apoyo de su gente, tuvieron que improvisar madera utilizando sus propios instrumentos.

El camino lo completaron con guitarras, zampoñas, charangos y quenas hasta que se pudieron dar un abrazo. ¡Habían logrado construir el puente! Aquella era la perfecta invitación para que ambos pueblos se unieran. La música y el canto de la naturaleza no dejaron de sonar gracias al desprendimiento de los jóvenes.

Aprendizaje

Christian Jiménez

En colegio nos vestíamos todos igual. Teníamos uniforme reglamentario. Los curas lo impusieron. Imposible para ellos prevenir lo que se vendría. Los materiales de nuestras camisas blancas, la textura de nuestros pantalones azules con raya al medio y la marca reluciente de nuestros zapatos negros no eran las mismas. Entonces ya éramos diferentes. Tal vez no al principio el color de la piel o el acento con el que hablábamos. Ni siquiera dónde habíamos pasado las vacaciones de invierno. O las de verano, que eran, en cierto modo, mucho más largas. Pero al final sí, aprendimos a respetarnos. Golpes en algunos recreos. Peleas furibundas a la salida de clases en alguna plazuela cercana, al abrigo de árboles frondosos que nos ocultaban de la mirada de los mayores. Ahí nos rompíamos a patadas y manotazos con puño cerrado. Después, claro, regresábamos a casa y debíamos mentir. No podíamos decir la verdad. Era más fácil ser retado por la madre que explicarle los motivos del desastre. Con el tiempo, las cosas cambiaron un poco. De los golpes pasamos a los chistes y de los chistes, a los señalamientos en la calle. Incluso bromas sobre algunas series o propagandas que salían por

esos años en la televisión, cuando aún ni siquiera la televisión por cable había llegado a todos los hogares. Eran tan pocos los canales nacionales que ni cuenta nos dábamos de lo que pasaba en el mundo, pero ahí estábamos. Tratando de entender quién era ese que nos miraba desde el espejo. A veces ni lo reconocíamos. Lo que sí marcaba el ritmo de nuestros corazones era el chiste que nuestros propios compañeros habían hecho sobre nosotros. Nos veíamos a través de sus ojos. Así fuimos creciendo. Hoy, que ya somos grandes, salimos a la calle, quizá por eso. Las palabras, ya se sabe, siempre llegan a destiempo. Como ahora podemos caminar, golpear, gritar, no hay quién nos pare. Solo espero no encontrarme con alguno de los chicos de mi clase de aquellos años. No sé en verdad qué pasaría si los reconozco. Lo que sí sé es que no sería agradable. Ahí sí que sería "sálvese quien pueda". Mientras trato de reconocer al menos a uno, fumo un cigarrillo y con la lumbre enciendo la mecha de la dinamita. Es lo de siempre. La práctica hace al maestro, decía un profesor de primaria, y veo que, al final, tenía razón.



Aymara quiero aprender

Katiuskha Lazcano



Nadie se dio cuenta de que llegué llorando. Estaban ocupados preparando la cena para impresionar al prometido de mi hermana.

Siempre supe que te ibas a casar con extranjero, hija, decía mi abuela. Todas tus primas se casaron con extranjero, le quitaba el artículo a la palabra.

¿Por qué no dice *un* extranjero o *el* extranjero? ¿Por qué lo dice como si ser de otra tierra fuera el honorable nombre propio de los forasteros? Suena tan mal, que me hace enojar.

Cuando llegó la hora de cenar, me senté a revolver la comida en mi plato. ¿Pensativa?, me preguntó mi hermana. Tragué saliva, sabía que no sería buena idea decirlo, pero me desoí. Quiero aprender aymara, dije, sin más. Las carcajadas retumbaron como cohetillos en la mesa.

El único que no se rio fue extranjero, volteó hacia mi hermana para preguntar qué era eso. El idioma de los indios, respondió mi abuela al instante. ¿Y para qué pues aymara? Ya ni siquiera existe ese dialecto. Ellos que aprendan más bien; tan feo lo que hablan mezclando y pronunciando mal, arruinan el castellano.

Quiero pensar que, si hubiera visto lo que le pasó a esa anciana hoy en la tarde, se le ablandaría un poco el corazón que tiene tan endurecido por sus ideas de nobleza. Yo, por mi parte, creo que no podré olvidarla nunca.

Se me acercó pequeña, de voz aguda y trenzas como dos soguitas deshilachadas por el trajín y el sol. Agitaba un papel, como un ave de un ala rota intentando levantar vuelo en El Prado, en pleno domingo por la tarde, cuando la devastación de las resacas transforma la ciudad en un escenario posapocalíptico: yermo, silencioso y amarillo.

Estaba perdida. No le entendía a dónde quería ir ni a qué. Moví la cabeza como si fuera capaz de reconocer alguno de los sonidos que emitía, pero solo pude leer su lenguaje corporal. Nos convertimos en dos mujeres desesperadas, preguntándonos dónde se esconden los buenos samaritanos cuando se los necesita. La pobre sollozaba frustrada, y yo solo puse cara de tonta. ¡¿Por qué no hablo aymara?!

Se bajó entonces de la vereda sin fijarse que un Caldina venía a toda velocidad. El auto la golpeó. Al instante se llenaron los alrededores de curiosos y hasta apareció la policía. Ya no me pude acercar. Me asusté, corrí... y no se me quita el pesar con nada.

Aprende inglés, alemán, algo que valga la pena. Así algún día igual te vas a casar con extranjero, pateó mi abuela mis sentimientos. Fue la gota que hizo estallar el vaso en esquirlas. ¡Ojalá te pierdas un día en un lugar en el que nadie hable castellano, vieja mala!, le grité. Me levanté y me fui. Sé que hice mal, pero no me pienso disculpar nunca.



¿Por qué?

Kevin Luna Arellano

¿Por qué?, me pregunto. Esta vez no por el tono de piel que tuve que heredar de mi madre o el apellido que recibí de mi padre, ni siquiera por las constantes e injustificadas burlas que no merecí; sino, debido a que el director anunció mi nombre y el atril me espera. No es que me encuentre nervioso o azorado por la toga y el birrete, simplemente, el remordimiento me hiera.

¿Por qué? ¿Por qué no los invité?



¡Camba! ¡Colla!

Elmer Mérida Paiva



A lo largo de mi existencia, las palabras “colla” y “camba” me impactaron tres veces.

La primera vez fue a los cuatro años, en la década del ochenta, una mañana de lunes en la ciudad de Cochabamba, en la calle Francisco Velarde, conocida ahora como Mercado La Paz. En esa época había pocos comerciantes allí. Mi madre recién había llegado de Oruro. Con mucha ilusión, se asentaba con su mercadería en un puesto vacío con la ayuda de mi padre. De inmediato, fue retirada del lugar por una señora del oriente que tenía su puesto en aquel sitio.

“¡Colla!, ¿qué haces en mi sitio?”, le gritaba ella. Entonces, mi madre, con la misma intensidad, se defendía y le replicaba: “¡Camba!, la calle no es tuya”, mientras yo, inocentemente, le decía: “Mala, mala”.

La señora se llamaba Inés. Nunca se disculpó por lo acontecido, pero compensó a mi madre con su ayuda en los trámites para sacar los permisos de venta y de un espacio en ese lugar, lejos de ella, por supuesto. Sin embargo, luego de un tiempo, ambas terminaron como vecinas por el reordenamiento que la intendencia y la dirigencia de los comerciantes impusieron para dar cabida a más vendedores.

La segunda ocasión sucedió a mediados de los noventa, cuando mi padre falleció en un accidente de viaje en flota. Al enterarse de la noticia, mi madre se desmayó y se golpeó la cabeza. Nadie pudo hacer nada para ayudarla, salvo la señora Inés, que la atendió pronto haciéndole oler alcohol para que se recuperara mientras ponía un paño de agua fría en su frente. Con la ayuda de su marido, la llevó a un hospital.

Días después, en su puesto, la señora Inés abrazó a mi madre llamándola “collita”. Mi madre, entre lágrimas, le respondía diciéndole “cambita”. Ambas terminaron su rivalidad y se hicieron más cercanas, amigas. Años más tarde, mi madre se trasladó a una tienda comercial adquirida con los ahorros del trabajo familiar dejando a todas sus amistades atrás.

El año pasado, en el fatídico mes de agosto, fue la última vez que escuché esas palabras, cuando el coronavirus ya se había cobrado la vida de miles de personas en el mundo.

Mi madre se enteró de que, en plena cuarentena, el marido de la señora Inés había fallecido por el virus y que ella también se había contagiado y quedado al cuidado de su única hermana, porque sus hijos vivían en el exterior y no podían viajar por las restricciones impuestas.

Mi madre y yo internamos a la señora Inés en el hospital Los Olivos, donde mi hermana era socia y doctora. Allí estuvo alrededor de tres semanas.

En los últimos días se recuperó levemente. A través del cristal protector veía a su hermana y a mi madre, sonreía apenas. En el movimiento de sus labios se podía apreciar que le decía “colla” con una expresión de ternura, que más de amistad era de amor fraternal. Mi madre, llorosa, la llamaba “camba” por última vez de igual manera. Días después, falleció.

Cuando escucho esas dos palabras en alguna discusión, siempre se me viene a la mente lo que pasaron estas dos mujeres, para quienes, por miedo e ignorancia, en un principio, las palabras “colla” y “camba” sonaban a insulto. Con el pasar de los años fueron sinónimo de amistad y, luego, cambiaron su significado a “hermana”.

Vocales

Claudia Michel Flores

Ambas entraron en acuerdo muy rápido. Sucedió en la cocina:

—Es que no sé leer señora —dijo Severina. No era algo fácil de admitir a sus sesenta años, pero ellas se habían llevado bien desde el primer día.

—Eso se aprende, todo el mundo puede aprender —respondió la otra.

Entonces, Severina sacó un cuaderno ajado y un lápiz, los puso con cuidado sobre la mesa, casi con miedo, los empujó suavemente hacia mi abuela. Ese mismo día comenzaron las clases.

Intentaron que nadie supiera. A su edad estaban cansadas de dar explicaciones, de hacer entender a la gente. Además, papá había dicho que Severina era demasiado mayor para la cocina, para la casa, para todo. La abuela apenas había podido convencerlo para que ella se quedara.

Era un alivio estar con ellas. Se sentaban en el comedor donde les daba el sol a sus espaldas. Dejaban de trabajar solo al escuchar el anuncio del noticiero de las doce y me llamaban. Severina volvía a las ollas.

Ocurrió que papá encontró el cuaderno.

—¿De quién es esto? —preguntó, con ese vozarrón extraño que hacía temblar la casa. Severina ocultó la mirada, la abuela empezó a restregarse las manos.

—Mío —dije —la abuela me está enseñando.

Un día interrumpieron los dibujos animados. Era una noticia de urgencia: una mujer caminaba por la calle, tres o cuatro hombres se acercaban, le gritaban, levantaban los puños. Era morena como Severina, se cubría con brazos.

—¿Qué estás viendo? —preguntó mi abuelo por los gritos que salían de la tele.

—Nada nada —dije. Apagué el aparato. Me temblaban las manos, tenía miedo, rab. Por primera vez fui a sentarme con ellas, hoja y un lápiz. Nunca olvido que Seve aprendimos a leer juntas.



Estrella soñadora

Ana María Ramírez

Wara se niega a aceptar su pasado.

Creció entre aguayos y tejidos de oveja. Su madre es trabajadora del hogar, su padre la abandonó cuando tenía un año. Estudia en un colegio particular. Sus compañeras se burlan de su color de piel, de su apellido, de sus rasgos físicos.

Un día, de entre todas las estudiantes, es elegida para estudiar en el extranjero, la razón: sus orígenes aymaras. Wara parte y descubre otro mundo. Nadie pregunta por su origen, les interesa más su honestidad y responsabilidad. Por primera vez en la vida, disfruta de la calidez humana.

Wara siente un dolor agudo en la cabeza. Abre los ojos, está en el hospital.

Sus compañeras la empujaron por las gradas. Les molesta que sea diferente. Nunca fue elegida ni se fue, estuvo soñando mientras curaban sus heridas. Estará internada hasta que su cuerpo sane, aunque su corazón todavía duela.

Al caer la noche, llora desconsoladamente. Desearía vivir aquel sueño en la realidad.



Solsticio de Patujú

Carlos Rojas

Durante una mañana helada de junio en el altiplano, en una comunidad cercana a Tiwanaku, se realizaban preparativos para el Solsticio de Invierno.

Una niña llamada Pucará preguntó a su papá si había sucedido algo malo, porque ya no lo oyó cantar como antes al preparar la ofrenda en agradecimiento a la Pachamama por las cosechas. Él dejó caer una lágrima, trató de no ser visto y se dio la vuelta. Ella sabía que no tenía el mismo entusiasmo de antes. Su papá le comentó que desde hace años que la lluvia había ido disminuyendo y que las cosechas ya no eran tan abundantes como cuando era niño. Su hija lo abrazó y se quedaron en silencio, inundando la habitación de tristeza.

La noche antes del evento, Pucará escuchó en sueños una voz que le indicó que debía cruzar la Puerta del Sol con su aguayo para encontrarse con un niño llamado Copoazú en el Oriente. Con él de la mano, debía retornar con un aguayo lleno de patujú e impedir que se sacrificaran animales inocentes. Así, asegurarían lluvia abundante para Bolivia.

Pucará despertó con miedo, su familia decía que en el Oriente los indios no son bienvenidos. Sin decir nada, salió con nada más que su aguayo. Cerrando los ojos, cruzó tímidamente la Puerta del Sol. De

pronto hacía calor, estaba rodeada de bellos árboles y sonidos mágicos de insectos. ¡Se hizo realidad el sueño! Sintió una mano en el hombro y lanzó un grito. "Soy Copoazú", dijo, con timidez, un niño. Le contó a Pucará que había soñado lo mismo y que había recolectado patujú. Le confesó que tenía miedo porque igual le habían contado que en el Occidente no se aceptaba a los cambas.

Llenaron el aguayo a tope. Luego, ambos aparecieron en el ritual del Solsticio de Invierno. Conscientes de lo que iba suceder, se lanzaron en frente de una llama antes de que la mataran. Los mallkus y amautas, extrañados, se detuvieron. Pucará y Copoazú se tomaron de la mano y cruzaron la Puerta del Sol con el aguayo lleno de patujú.

Con el primer rayo de sol empezó a caer una lluvia torrencial en pleno invierno. Las personas que iban a sacrificar a los animales soltaron sus cuchillos y fueron a abrazar a los niños. Todos lloraban con esperanza en los ojos. Llovía en el cielo y en sus mejillas porque había llegado un buen augurio de mejores tiempos para Bolivia con el inicio del Solsticio de Patujú.



Hija del viento

Edgar Soliz Guzmán



A la abuela le dio por morir la noche en que nació mi hijo. Mientras yo pujaba, sudorosa y cansada, casi hasta desfallecer, ella cerraba tranquilamente sus ojos y detenía su respiración estertórea, como quien decide tomar las riendas de la muerte. El olor a sangre inundando mi regazo me devolvió a la realidad; mi hijo buscando saciar su hambre despertaba de su primer sueño.

"Se fue tranquila", dijo mi madre, observando compungida los bostezos de mi hijo y asomando sus ojos llorosos a la certidumbre de esa tranquilidad. La vi huérfana, más frágil de lo habitual.

La abuela hubiera cocido la boca de mi hijo, como hizo con los suyos, y conmigo, para evitar la malacrianza de la lengua. Hubiera revisado y contado minuciosamente los dedos de sus manos y de sus pies, hubiera fajado fuertemente a mi niño para imprimirle fortaleza. Le hubiera inscrito con su apellido, que en realidad es el de su esposo, a pesar del odio que me tenía, solo porque mi niño perpetuaría el nombre familiar. "Los Quiñones de Tarata", decía, siempre que le preguntaban, "descendientes directos de hacendados españoles", y mostraba sus ojos claros, su piel blanca, su dentadura perfecta y los títulos de propiedad de sus tierras.

Mi madre me preguntó por el nombre de mi hijo en un tono similar al de la abuela e inmediatamente se avergonzó de haberlo hecho. Entendí su preocupación materna, ¿acaso no nos preguntábamos lo mismo en todas las celebraciones del día del padre?, ¿acaso no llorábamos juntas

cuando a algún niño se le ocurría llamarme *hija del viento*? Crecí odiando a mi madre por la ausencia de mi padre. Crecí odiando mi único apellido e inventando excusas sobre los problemas legales de la paternidad de mi nombre.

Cuando supe la verdad, no tuve compasión con la abuela y decidí buscar a mi padre. Tenía 16 años cuando abandoné a mi madre para vivir con él y su familia. La abuela me miraba con desprecio por lo que hacía, me amenazaba. "¡Si te inscribes con el apellido de tu padre no vuelvas a esta casa!". Mi madre permanecía silenciosa, cabizbaja, llorosa. Desafié la autoridad de mi abuela, tomé mis cosas y salí de su casa. Ella gritaba: "¡Ningún Mamani va embarrar el prestigio de mi familia!".

Mi madre era una muchacha cuando se enamoró de Raúl Mamani Mamani, el joven ayudante de la carnicería al que la abuela encerró en la cárcel acusándolo de robo. Cuando salió libre, no permitió que se acercara a nosotras. Mi madre se resignó a servir a la abuela y a sus hermanos, a soportar humillaciones y jornadas extenuantes de trabajo. Todo por mí.

No recuerdo cuando empecé a odiar a la abuela, quizá a los cinco o seis años. Solía observarme con el ceño fruncido y me decía *indiecita bastarda*. Yo no entendía sus palabras sino hasta los ocho o nueve años, algunos niños de la escuela usaban esos términos para burlarse de los otros niños morenos. Tenía 23 años cuando regresé con mi madre, estaba sola y embarazada. Mi abuela vivía postrada en cama y no quería verme, quizá intuía mi embarazo y las consecuencias de la vergüenza familiar. Yo seguía siendo una Quiñones, pero mi hijo ya no lo sería.

La Vega Central

Urania Terrazas



Frente al océano Pacífico existe una ciudad muy hermosa. Allí las gaviotas conviven con los lobos marinos. La fría y suave brisa siempre acaricia tus mejillas.

Si quieres servirme un desayuno delicioso, el mejor lugar es, sin duda, La Vega Central. Ahí están estos puestos de comida: La Tujurecerita Camba, El Emperador Boliviano, Sabores de mi tierra y Salteñería Los Conejos.

Están todos en un mismo frente de La Vega Central. Se escucha indistintamente expresiones como "elay", "puej", "cunumi", "wawitay", "papitoy", "imilla" y otras pronunciadas siempre con ternura. Solamente ellos conocen las diferencias. Allá, frente al océano, lejos de sus tierras, son todas bolivianas.

La gente del lugar ha aprendido a comer salteñas, pique a lo macho, majadito, keperí, fricasé, locrito de ave o de vacuno... han tenido que adaptar así al locrito de pollo y de res. Ahora los lugareños están aprendiendo a tomar moco-chinchi y chicha de maní después de su *colación*, como le llaman al almuerzo. No es nada raro ver a la dueña de La Tujurecerita yendo donde El Emperador para que le *sencille* o le fraccione un billete de 20.000 pesos. En agradecimiento, le invita una gelatina de pata,

algo que el dueño de El Emperador disfruta, pues esa delicia no es común en su natal Potosí, la ha aprendido a comer frente al océano.

Al llegar las 20 horas, en La Vega Central se escucha el silbato de un *carabinero*, como le llaman a la policía. Es la señal de que tienen diez minutos para salir del mercado, pues debe iniciar la limpieza.

Afuera ya está la salteñera, que fue la primera en cerrar. También vende salteñas por la tarde porque allá no saben que son solamente para el desayuno. Espera que salgan sus compatriotas para ir todos juntos a la comuna donde viven y también son vecinos.

En este lugar, ellos son conocidos como *los bolivianos de La Vega Central*. Ahí no hay cambas, collas ni chapacos. Todos trabajan, viven y se ayudan entre sí.

De visita

Ester Torrico Villarroel

¡Buen día, mama Julia! Traje unos claveles rojos y también una jarrita de chicha punateña para que te sirvas en tu tutumita que tanto te gustaba. Te preguntaré: ¿la hija de quién eres? y qué haces aquí? Sé que han pasado muchos años y recién vengo a visitarte. ¡Qué mala nieta soy! Sí, soy tu nieta, la hija del Uldi, la menorcita. Seguro tienes una imagen mía de una niña pequeña. Como ves, ya soy adulta y muy parecida a tu hijo. Tantas cosas que tengo para contarte. Estudié Lingüística, aquí en la Llaqta. Sé inglés y francés. Trabajo dando clases en esas lenguas. Ya veo tu sonrisa de orgullo pues sé que es lo que siempre quisiste para todos tus nietos, que seamos grandes profesionales, hablemos castellano y aprendamos lenguas que sean importantes y no así tu lengua materna.

Recuerdo aquellos días que iba a tu casa con mis papás y siempre se ponían a conversar en quechua. Al escucharlos, despertaban en mí tanto interés por aprender esa dulce lengua y por preguntar significados, pero solo recibía un grito de ¡shhh wawitay!, ¡no seas curiosa! Siempre supimos tus nietos que, por orden tuya, no debíamos aprenderla porque era una lengua indígena que solo servía a los mayores para hablar temas "secretos" y que no nos serviría de nada para nuestro futuro. En cambio, podíamos sufrir discriminación por el simple hecho de hablarla. ¡Mama Julia, las cosas han cambiado mucho! Ahora

es difícil encontrar trabajo si no sabes quechua. Las lenguas extranjeras que conozco me sirven poco porque ya es muy común conocerlas; además, se tiene acceso a ellas con mucha facilidad. Pero las lenguas indígenas de Bolivia están en proceso de revitalización, sobre todo aquí, con el quechua.

Admiro a varios de mis colegas quechua hablantes que han escrito libros, cuentos, diccionarios. Si vieras la diversidad de materiales que están produciendo día a día para enseñar la lengua y sobre todo difundirla. Obtienen becas y muy buenas ofertas de trabajo, incluso en el exterior. ¡Es una maravilla!

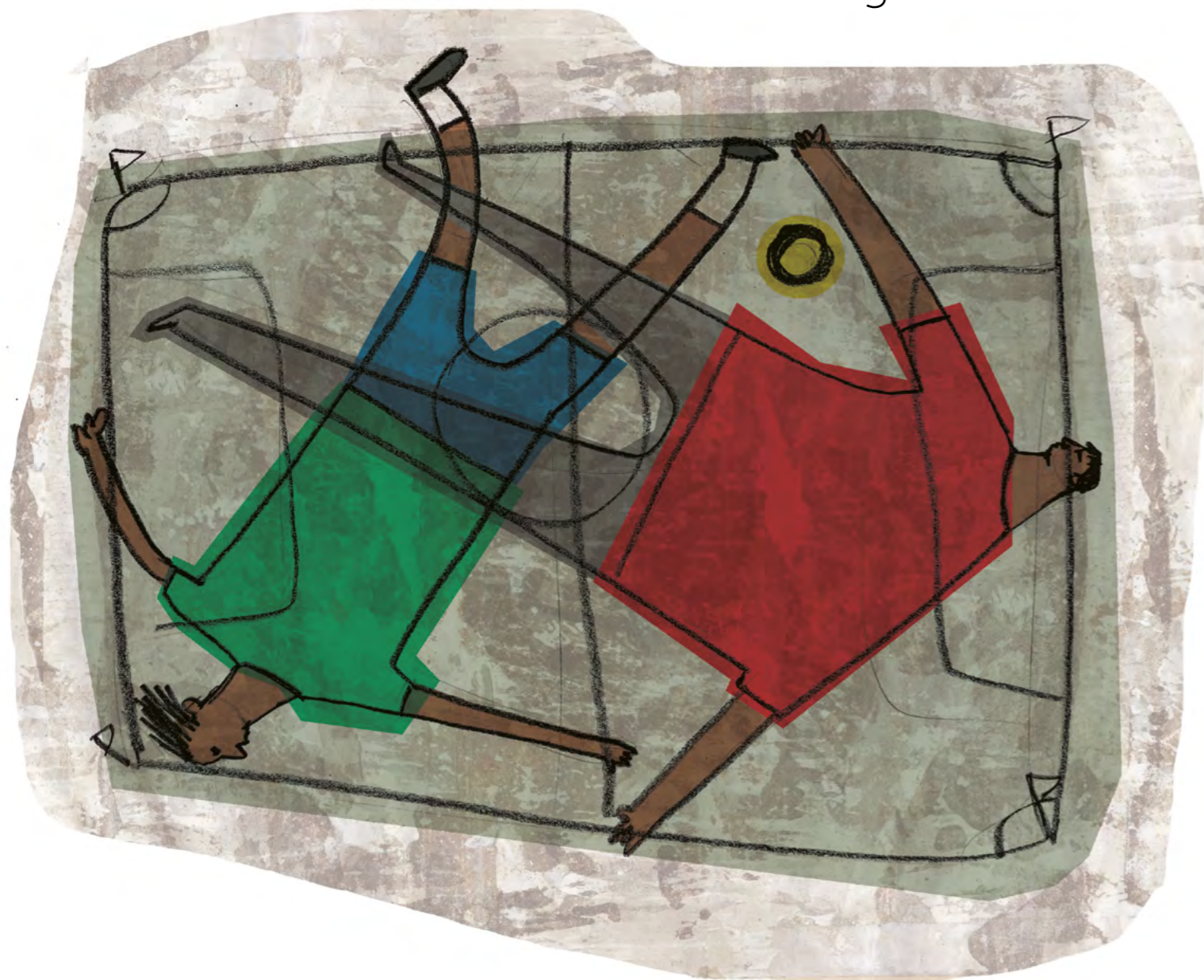
Y aquí estoy, de visita, extrañándote, deseando recomenzar nuestra historia, anhelando conversar contigo en quechua mientras preparamos algo en q'unchita para comer, escuchando sobre las historias de tu niñez, costumbres y tradiciones, contradiciéndote y preguntando todo en quechua para aprenderlo y sentirme orgullosa de poder hablarlo.

Mi mama Julia, la k'achamusa, ch'askañawi de piel blanca y ojos verdes parecida a su tata español y de pollera y trenzas como su mama indígena qhuchala, quechua hablante que entendía perfectamente el castellano pero que se negaba a hablarlo. Así eras tú en esta historia y sé que existen muchas otras historias parecidas a la nuestra. Tinkunakama, mamita Julia.



Yo solo quería jugar

Alam Vargas Chacón



El fútbol siempre fue mi pasión. Creo que mi fanatismo surgió por la inmensa alegría de poder gritar goles o simplemente gritar. Era como si dejara salir a alguien desde adentro de mí, alguien que todo el tiempo vivía oculto y que esperaba esos momentos de euforia para mostrarse. Ese era yo.

Lejos de casa, las cosas no terminaron bien para mí. Nunca pensé que un día viviría en la ciudad, pero la helada nos obligó a dejar el campo. "Vamos ir a la ciudad y vos vas ir a estudiar en el colegio de tu primo, el Marcos, ahí enseñan mejor y después a la Universidad vas ir, licenciado vas ser", me dijeron. Aquello parecía una promesa de consuelo que pretende evitar posibles nostalgias. Cierto o no, tampoco podía opinar. Solo me quedaba obedecer.

Cuando llegamos vi todo bastante diferente a lo que estaba acostumbrado. Hasta a mi primo Marcos, que tenía el pelo teñido y hablaba raro. Su ropa y sus tenis eran bonitos, pero ya no hablaba quechua. Así debe ser cuando llegas a la ciudad.

Sus amigos no tardaron en conocerme y ponerme un apodo: "El Mamani te vamos a decir". Imagino que era por mi apellido, pero yo sentía que sus palabras cargaban algo más que solo mi nombre, había burla cada vez que lo pronunciaban. No faltaban los bromistas más experimentados que aumentaban adjetivos y ademanes para atizar más las carcajadas. Uno de esos días, como era habitual, pactaron un partido de fútbol. Como es propio de las reglas ocultas de la calle, los mejores jugadores escogieron sus equipos. El primero en ser elegido fue Marcos, eso me entusiasmó porque pensé que el siguiente sería yo, pero no fue así.

Al final de la repartija solo quedamos un niño bien

gordito y yo. Para saber quién sería el siguiente, uno de los capitanes propuso: "Haremos al paredón y eliges al que blanquees". El otro capitán asintió sin pensarlo mucho. Entonces, nos ordenaron ponernos delante de una pared mientras ellos preparaban el balón.

Aquel ritual se hizo tan expectante que de inmediato se armaron barras para animar a quien iba a patear el balón. "¡Dale, Lucho!", "¡ja la cara, Lucho!", eran algunos de los vítores que se coreaban entre gritos y burlas.

El primer disparo pasó cerca de mi cabeza. Me sentí halagado porque pensé que me querían en su equipo. El siguiente balonazo apenas y lo vi venir, solo recuerdo destellos de luz en mis ojos. El remate había sido tan preciso que alojó la pelota en medio de mi nariz. Con el impulso, mis ojos y mi cabeza dieron contra la pared de atrás. Quedé tendido en el suelo como un soldado herido por una bala perdida.

Las risas explotaron de inmediato. "Con eso vas a estar más blanco", "es para que te bañes", "Mamani eres, tienes que aguantar", fueron algunas de las burlas que podía escuchar entre zumbidos y mareos, tendido en el suelo.

No sé qué dolía más, mi rostro que guardaba la impresión del balón o aquellas burlas que me hacían sentir totalmente ajeno a ese mundo nuevo. Todo parecía parte de un bautizo que pretendía hacerme uno de ellos a costa de olvidarme de quién era yo. *Blanquearme*, dejar de oler a oveja y, cuando llegue el momento, ser también parte del montón que se burla de quienes estén en ese paredón.

Yo no quería ser otro, yo solo quería jugar.

Los autores

GANADORES DE LA CATEGORÍA A

ERNESTO FLORES MERUVIA

Nació el 14 de junio de 2002 en la ciudad de Cochabamba, Bolivia. Concluyó sus estudios primarios y secundarios en el colegio La Salle y San Agustín, respectivamente. Salió bachiller de este último en 2020. Actualmente es estudiante de la carrera de Licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad Católica Boliviana San Pablo (Regional Cochabamba), y de la carrera de Licenciatura en Física en la Universidad Mayor de San Simón. Es músico pianista desde el año 2017. Está en curso un proyecto suyo de grabación de las veinte cuecas de Simeón Roncal. Ha publicado el libro *Reminiscencias Musicales de Bolivia. Música para Piano de Miguel Ángel Valda Paredes*, una producción investigativa que recopila y edita cuarenta y seis obras para piano de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Ha publicado algunos artículos de tipo cultural y filosófico en el periódico Opinión de Cochabamba.

SEBASTIÁN MOSCOSO ESPAÑA

Nació en Sucre el 23 de julio de 1997. Cursó los estudios primario y secundario en el colegio Montessori y actualmente es estudiante de la carrera Derecho en la Universidad San Francisco Xavier de Chuquisaca. Desde hace un par de años se dedica a la escritura de forma autodidacta en su tiempo libre. Como dijo Abelardo Castillo, considera que él solo es un hombre que escribe, que escritores son los otros. Cuenta con un par de publicaciones en el blog literario Oximoron y en la revista Ramona Cultural.

WARA MORENO

Mi nombre es Wara Moreno. Nací en Cochabamba el 2000. Estudié la carrera de Comunicación en la Universidad Privada Boliviana. Mis aficiones e intereses oscilan alrededor de la literatura y la fotografía. A partir de esta relación desarrollo mi escritura. En un futuro no tan lejano, planeo hacer estudios literarios.

GANADORES DE LA CATEGORÍA B

MARCIO AGUILAR JURADO

Nació en Tarija. Estudió Sociología en la Universidad Mayor de San Andrés. Actualmente vive en El Alto. En 2015 y en 2018 ganó el primer lugar del concurso de literatura infantil Yolanda Bedregal, organizado por el Gobierno Autónomo Municipal de La Paz. En 2019 y en 2020 fue finalista del concurso nacional de cuento Franz Tamayo. Es co-editor de la revista Sociopatía y parte del colectivo Periférica Cultural.

MARIANA VILLA LUNA

Nací en La Paz, Bolivia, en 1986. Cuando tenía 8 años gané mi primer concurso de microcuento con el cuento *La Luna que hizo una fiesta* y que fue publicado en el suplemento cultural del periódico Presencia. Asistí al colegio Leonardo da Vinci hasta la edad de 14 años y a los 15 me cambié al Colegio Internacional del Sur, del cual me gradué. En 2004 me fui a vivir a Montevideo, Uruguay, para estudiar Diseño de Modas en la universidad ORT Uruguay, donde también realicé un curso corto de escritura de guion. En 2007 me mudé a Buenos Aires para estudiar Diseño Textil y Artes Visuales. Regresé a Bolivia a mediados de 2009. En La Paz trabajé unos años como diseñadora y en 2013 me mudé a Sucre, donde vivo hasta ahora. En 2016 gané el concurso de poesía de la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, quienes publicaron mi primer poemario: *Chakana*. En 2017 fui a Dinamarca por tres meses y a la vuelta publiqué un artículo sobre Copenhague en la revista Escape de La Razón. Después de eso, publiqué algunos artículos sobre moda en revistas locales de Sucre. En 2018, presenté mi artículo "Moda y Poder Femenino" en la Reunión Anual de Etnología del MUSEF. Actualmente me encuentro terminando la licenciatura en Idiomas en la Universidad San Francisco Xavier de Chuquisaca y trabajo con mi familia en nuestro bar de cerveza artesanal y pizzería. Me considero una persona creativa, curiosa, pacifista, amante de la naturaleza y de los animales. Soy vegetariana, escribo con la mano izquierda, creo que los sueños se cumplen si tenemos la valentía de seguirlos. Me gusta viajar, reír y escuchar las historias de las personas. Escribo y diseño para intentar plasmar y comprender, en este mundo físico, aquellos mensajes y materiales metafísicos que atraviesan los días.

ELVIA ANDIA GRÁGEDA

Es una mujer quechua y una lingüista especializada en el estudio e instrucción del quechua boliviano. Tiene una maestría en Educación Superior con su trabajo enfocado en Políticas Lingüísticas de Lenguas Indígenas en la Educación Superior e investiga el papel del quechua en dichas políticas. En la actualidad se desempeña como profesora de este idioma indígena en la Universidad Estatal de Ohio, Estados Unidos. Entre sus publicaciones más relevantes está la serie de métodos de enseñanza del quechua *Juch'uy chaki* 1, 2 y 3 (Editorial Kipus). En 2019 ganó el Premio Nacional de Literatura en Lengua Originaria con su obra *Pirqakunawan parlaspa* (Hablando con las paredes, Ministerio de Culturas y Turismo de Bolivia, Editorial 3600).

CUENTO GANADOR

Categoria A

(Versiones en idiomas nativos e inglés)

Naya, Juliku Tarqi

Ernesto Flores Meruvia

Sutijaxa: Julio Tarqui. Aymar jaqitwa. K'illimi sapxituwa, janchijax ch'amakawa. Jichhaxa, jach'a markan jakta, janiw walt'asktti. Aka markanxa, mä chhichhillankakitwa, janiw mawjankt'anjamakitti, alisnukupxituwa, janukasti naya payspaw alisnukustxa. May sipanxa, jupanakaw sapa kutix alisnukupxituxa. Janiw anqa takhinxä inak sarnaqañjamakitti. Kunawsatima, saraskt ukhaxa, janq'u tawaqunakax parlart'asipxiwa. – Uñtakim khä jaqi – jan ist'iriw tukta. – Isip uñjam, warirawa, ñik'utapaki, isillupaki! täta- sasaw sapxi. Misti waynanakax, isinakap thalart'asipxi, niyas när uñjasax q'añuchasipkasp ukhama. Ajanujaxay laq'ararapachaxa. K'umisir jaqinakawa, janiw uk imt'asipkitti. ¿Ch'amak janchixa uñjasati laq'ampi pantappachitu? ¡Ukhamachix ukhaxa, jisa nayatwa, ñiq'itwa! Jupanakjama, taqpach jakir jaqjama; janiw uraq jiq'ikti, janiw tutukakti. Chiqansa... jupanakax yaqha kastapchixaya. “Jan uñch'ukistati, jan llawq'istati” ukhamapxiwa. Kunawsatim uñjapxit ukhax thithitipxiwa. Niyakis alaqa sarnaqasis jupanakar sawkasirist ukhamawa. Ajanunakapaxay llin't'qiwa, phiñasipxiwa. Ukatwa jani jach'a markar irnaqajawir sarañ munktti.

Thiyan nayax utjasta. Utajax uksankiwa, intitatax suma k'ajanki ukjan qamasta, taqpach utanak tukurtxixa ukat khuriwjitankiw utajaxa. Sapüruw jach'a markar saraqta, qullqix juk'akiw utji, walikpin sapak jakastxa, janiw khitirus uywañ utjikitti. Nayatat llakisiñajaxa, närukiw uywasifajaxa. Taykajax jiwawayxiwa. Awkijarux janiw uñt'askti. Janiw jila kullakaniktti. Taqik jarq'aqasta, sapañax nayatakikiwa. Pisinqasax

maynimp sarnaqañax, pisin jakañarakikispawa. Janiw khitirus uk nayax lurkiristi. Sapakiw jayp'usiskä; sapakiw jiwaskä. Uta luriritwa, uta utachiritwa. Utanak lurta, jach'anaka, ukhamarus jiwitanaka, uka walja qullqin jaqinakatakiw utachta. Nayax, ukampisa, ñiq'i aruwit lurt'at utan qamasta. Kunawsatim lawa patan sarnaqastxa, kunawsatim utanak lurasktxa lupin lupjata ukhaw ukham lup'iñanakax jutitu, nayan jan walt'ataxat lup'ista. Ukhamarus naya payspa jiskt'asirakta: “¿Kunats sinti utji mawk'anitakiki? ¿Kunats nayatakix wali juk'api, nayjamax sinti jaqirakis utjixä? Janiw jichhakamax yatxatkti. Jichhamaw jiskt'asiskakta... ¡Suma jaylliwina! “La Chola Flora” uksan jayllirt'apxiwa. Janiw uka umañ utxa uñt'kayatti. Masinakajawa, mayni ut luririnakawa, mä uru irpaxitu. Jichhaxa sapa viernesaw saraptxa. Ukawjanxa wali k'uchikitwa, janiw anqa thakhinakanjamakitti. Janis isijax warirakasp ukhamawa. Suma isinirists ukhamaw amuyatatxa. Suma k'usaw utji, juk'amp sumaw kunawsatim “Tu orgullo” jaylliwix ist'ask ukhaxa. Uka jaylliwix nayankiwa, nayatakiwa. Uka jaylliwix nayatakix wali sumawa, kunalaykutixa k'ariwa, ukham nayarpach k'arintasis thuqhuña, jayllin munta. Nayax yattwa, janiw chiqakitti, uka jaylliwix qilqapax “janiw ancha lurksnatti, qhipata phuqhañax juk'ampixiwa”. Janiw mä kutis uka jan wali lurapkitu jaqinakarux phuqhir uñjtti. Ukhamarus uka amuyu: taqikunaw

sari juti, ukax janiw chiqakitti. Nayax irnaqawijjat sarta, jutta ukhamakitwa. Nayax aksat uksat ch'alla jaqukipta jukakiwa! Uka jawlliwinxä taqikunas k'ariwa, janiw kunas chiqakitti. Ukatwa nayatakix wali askixa. Kunawsatim akham masinakajar arxaytxa ukhaxa, jupanakax laruspixituwa. – antisas umantam Juliko- sasaw sapxitu. Nayax larusiraktaya, kamacharakisti... - ¡Jaquantañani! – sasay sistxa. Ukhamachantaspixta. ¡Umasax kunas laruñakiwa! mä sawkanaka, mä arunaka. Janiw khitis kamsapkitusa, ukanx janiw chhichhillankhas, ni laq'a jiq'is utjikitti. Taqiniw qhumantaspixta, taqiniw q'añu isinipxta. Nayax jayll't'asirista, thuqt'asirista jan asxarasa. Chuymajax qhanatatiwa, khuyart'asiwa. Taqikunat armasta. Janiw kuna lup'iñas llakiñas utjikitti. Sarnaqaña, jakañ tukuyastta, janjamakiw amuyasktti.

Traducido al aymara por Nelson Yapu



Ñuqa, Julio Tarqi

Ernesto Flores Meruvia

Ñuqa Julio Tarki sutikuni. Aymaramin kani. T'uqra, ñiwanku, yana t'uqra qara kasqayraykucha. Kunanqa jatun llaqtapi kawsani, manapis wustawanchu. Chay jatun llaqtapiqa juk ch'uspilla kani, mana juk chiqanpi unayta kayta atinichu; qharquwankuchu chayri jatarikunichu. Chiqamantapuniqa, paykunapuni qharquwankupis. Mana kallillapipis qhispi purikunichu. Chay chayta jinata puriptiyqa,



sipasakuna thutuykachanku: -qhaway chay cholota, ñispa paykunakama ñinakunku, manapis uyariraymanchu jinata. -Qhawariy chay thantata, chay chukchanta, chay sillukunanri!, ñispa ñiranku. Waynakunataq p'achankuta thalarakunku, ñuqata rikuwaspapis ch'ichichakunkuman jinata. Ichama jallp'a uyayta qhawawanku. Mana p'inqayninkuta jinataq injarakuyninkuta pakaykuyta atinkuchu. Ajina t'uqra kasqayraykuchus jallp'awan pantachiwankuman? Jinapis, ñuqa jallp'amanta kani, paykunajina, tukuyjinapis; mana jallp'achu kani ari. Chayqa... paykuna wakjina yawar kasqankuraykulla a, "ama qhawawaychu, ama t'uqpiwaychu" kanku. Rikuwaspaqa phiñakunku, millachikunku. Paykuna sispata purispallachusjina k'ichirani. Jukjina uyaman tukuranku, qhuqikunku. Chayrayku llamk'ayniyman rinaypaq mana ancha llaqtaman uraykuy wustawanchu.

Qaqa kimraykunapi tiyakuni. Chaypi wasiyqa, maymanchari intiqa sumaqtaraq k'anchaykurin; wasikunamanta astawan jaqaysitupiraq. Sapa p'unchaw llaqtaman uraykuni, intichawkunatapis. Pisita yanakuni. Jinapis, sapallay tiyakuni; mana pitapis uywanaychu. Ñuqallata uywakunay tiyan, ñuqalla llakiyniy kani. Mamayqa wañupun. Tataytaqa mana jayk'appis riqsirqanichu. Mana wawqiykunapis panaykunapis tiyanchu. Sapallayta qhawakuni, waqaychakuni. Piwan tiyayman chayqa, wakcha kawsaypi ñak'arinachikuycha kanman. Mana chayta ruwanapaqchu kachkani, ni piwan. Ajina wañupuyta munani; sapay. Alwañil kani. Achkha qullqiyuq runakunapaq sumaq k'acha wasikunata ruwani, jatuchi-kunata. Ñuqari, jinapis, juk aruwi wasisitullapi tiyakuni. Patapi, qaqa kimraykunapi, intiwan pumpisqa, kayjinata muchuy ñak'ariyniyipi t'ukurini. Tapurikunitaq: "Imaraykutaq chay chhika

chhikitapaq? Imaraykutaq ñuqa chay chhikitawan, ñuqajinataq chay chhika kachkaptinkuri?" Machkha kutita tapukuni, manataq jayk'ap kutichikuyta atinichu. Tapukullanipunipis.

Chaymawayñuqa! Chay "La Chola Flora" wasipi nukhan chayqa. Mana chay aqhawasitaqa riqsirqanichu. Wawqimasiykuna, alwañil masiykuna juk kuti chayman pusawarqanku. Kunanqa sapa ch'askachawta riyku. Chay aqhawasipiq runata qhawakuni; mana kallipijinachu. Chaypiqa manapis thantamantachu kaymanjina, astawanqa p'achayuq kaymanjina. Sumaq aqhaqa, "Tu orgullo" waqariptinpuniqa astawan misk'iraq. Chay ñuqap nukhayniy, chay wayñuy. Juk intawalay kasqanrayku wustawan, ajina intawalasqataq tusurikunay chanta takirikunay wustawan. Mana chiqachu "ima juchamanta wanayta junt'akusqanqa", mana chiqachu, chayta yachallani, imaynatacha chay takiy ñin, jinata. Mana jayk'ap ñuqata qhisachawaq runakunata ima wanayta junt'asqankuta rikunichu. Manallataq chay pita imata ruwaptinchik kutiykamumasqanchikqa chiqachu. Ñuqaqa rinitaq jamunitaq, llamk'ayniyman, chaylla. Chaqruta tinkuchini, chaylla. Mana astawanqa! Chay takiypiq tukuy ñisqa llulla; mana chiqachu. Chanta wustawan. Kayta masikunayman willariptiyqa, asirakunku. -Upyaykuriy, Juliku!, ñiwanku. Ñuqapis asirikullanitaraq a, imanaymantaq... -Upyarikuychik!, ñirani. Chantaqa upyarikuyku. Chaypiqa tukuy imapis asiylla! Ñachu kay chansa, ñachu jaqay kintu. Mana pipis imata ñiwaykuchu; chaypiqa mana ch'uspi nitaq jallp'a kanchu. Tukuy mana millachikuspa marq'arinaykukuyku, ñachari ch'ichiña kachkayku. Chaypiqa qhispi takinipis tusunipis. Ajinapi sunquyqa kusikun. Tukuy manta qunqakuni. Yuyayniy chinkan. Kawsayniyta wañuchichkani, manataq riparakuchkanichu.

Che, Julio Tarqi

Ernesto Flores Meruvia

Che chere: Julio Tarqi. Aimarako che. Jüu, jei cheve reta, jundai chepire ramo. Añave aiko karai rëtape. Jokope, mberu ramiñoko, chepuereä cherenda peiño aï; ani ramo chemombo reta, ani cheiño aja. Ereï, jae retañui chemombo reta. Chepueräma aguata piaguive. Asa kuñatai iyipi rupi yave, oyemongueta viari reta. – Mase!, jokuae mbiaño paravete– jei oyoupe aendua echa rami. –Mase!, jemimonde, iagua, ipoäpe!– jei reta. Karai reta omotimo jemimonde, jimbiavo, amomguia echako chugui reta. Ipuere chekia chupe reta. Mbaeti etei oipoivu cherenotï reta. Chepire jundai ramora omae ivitimbo rami echa? Che, jaeko tuyuapo! Jae rami reta, opaete rami; che, mbaetiko ivitimbo. Ani... jae reta oyoaviko oi. “Aguiye emae chere, aguiye cheñatai”, joko raïko jae reta. Cherecha reta yave, pochi reta. Asaiño iyipi rupi yave, añataïcha reta. Jova amboe reta, pochi reta. Jaeramo, aipotää agueyi karai rëta koti aja vaerä aparaviki.

Karai rëta iyivipe aiko. Jokope anoi cherëta, kuarai oyechaño jokope; kuti katumi ïru tëta reta iyapipe. Opa ara agueyi karai rëtape, aratu ara peave. Mbovi yae omboepi cheve reta. Ereï, cheño aiko paravete; mbaeti keare ayangareko. Cheyeiño ayangareko. Chesi omano. Mbaeti aikua. Mbaetivi cheriikei ani cherivi. Ayangareko cheyeiño, añeñovätu kavi. Kea ndive aiko yave, che paravete ïruratako. Jaeramo, che ngara jokuae ayapo kea ndive. Cheiño aipota

amano. Tëta iyapoako che. Tëta tuicha jare ipöra vae ayapo, ikorepoti katu vae retape. Ereï, che paravete, tëta tuyuapo pegua aiko. ïvate rupi aiko yave, kuarai jasipe, chepia yemongueta kuae tekore, maerapa jokorai? Jae paravete. Jaevi: “Maerapa jeta mbate mbovipeño? Maerapa che, ïru reta rami jetague ñai?” Mbaeti chepuere avaë ñee. Jekuae avei jokuae marandu anoi...

Tatai, jokuae yemongoi! Jokuae ombopu reta “La Chola Florape”. Che, mbaeti aikua jokuae kaurenda. Chembaraviki ïru reta, che rereja jokope. Añave, arakuera ñavo rojo. Jokope, chepiaguive aï; mbaeti karai tape rupi rami. Jokope, mbaeti echa chetiru pochi, temimonde añetetëgua vae. Jeengatu kägui jokope, jeë kavi ayandu, aendu “Tu orgullo” ipu yave. Jae jokuae cheyemongoi. Ikavi cheve, yombotavi ramo, joko raï apirae jare ayemongoi. Che aikua mbaeti joko raï vae, “jeta yaparaviki vae, joko raïvi oyemboepi”, yemongoi jei rami. Mbaeti aecha jokuae kerei oasa jokuae karai reta cherenotï vae. Joko raïävi jokuae yaja jare yayuye vae. Che jaeñoma aja jare ayuye cheparavikiagui. Amomyerepui-pui ivi kuïtu itakui ndive. Jokuaeño ayapo! Yapuko, jokuae yemongoi jei vae; joko raïäko. Jaeramo ipöra cheve jokuae yemongoi. Chemiari kuae yemongoire, cheïru retape

yave, opuka chegui reta. –Koï, jeu Juliko! – jei cheve reta. Che, apukavi paravete, mbaeyepa ayapota. – Peveguarä jau –jave chupe reta. Joko raï rokau. Maia ropuka-puka rokau! Kereïpa pecha mbuka, ani ndaye. Mbaeti kae jei mbae oreve, jokope mbaeti mberu ani ivi timbo. Roñokuäva royoguaru mbae, echa opaetei rorekia roï. Jokope chepuere ayemongoi piaguive. Jokope chepia oyerovia, opuka. Cheäkañi ïru retagui. mbaeti kiare chemaendua. Amano-manoma chagua aja aï, ereï chepiape mbaeti jokoraï amae aï.



Traducido al guaraní por Elias Caurey

I, Julio Tarqui

Ernesto Flores Meruvia



My name is Julio Tarqui. I am Aymara. People call me 'negro' because I have brown skin. Currently, I live in the city, but I don't really like it. In the city I feel that I am just a fly, I can never stay in any one place for very long; either they kick me out, or I leave on my own. Although the truth is that they usually kick me out. I cannot even walk peacefully on the street. When I walk by, young ladies whisper about me. "Look at that cholo," they say, as if I couldn't hear them. - "Look at his rags, his hair, his nails!" - they say. Fancy young men brush off their coats and pants, as if seeing me gets them dirty. Surely they look at me as if my face were caked with dust. They don't know how to hide their disgust, their discomfort. Is it because of my skin color that they confuse me with dust? But yes, I am mud! just like them, just like everyone; I am neither dust nor a dust cloud. The thing is that ... they are of another class. "Don't look at me, don't touch me" - That's who they are. When they see me, they are offended. It seems that just walking past them I am insulting them. Their faces change; they get annoyed. That's why I don't like going downtown to go to work.

I live on the hillside. That is where my house is, where the sun shines bountifully; a little further beyond the other houses. Every day I go downtown, even on Sundays. I make very little money. Fortunately, I live alone; nobody depends on me. I am my only responsibility, my only weight. My mother is dead. I never knew my father. I do not have any brothers or sisters. I take care of my solitude; I keep it to myself. Sharing my life would be to share the misery with which I live. I would never do that, with anyone. I prefer to die like this; alone. I am a construction worker. I make houses, large and

beautiful, for those people who have a lot of money. But I live in a small room made of adobe. Up there on the scaffolding, burning under the sun, I think of this irony, I think of my misfortune. I ask myself, "Why so much for so few? And why I am with so little, if there are so many like me?" I have never been able to answer my own question. I have never stopped wondering.

Beautiful cuecas [national music genre]! The ones they play at "La Chola Flora". I didn't know that chichería [maize beer bar]. My friends, the other workers, took me there one day. Now we go every Friday. I feel good there; it is not like being on the street. It is as if I were not in rags there, but in clothes. They serve delicious chicha [maize beer], and it is even sweeter to the sound of "Tu orgullo". That's my favorite song; my favorite cueca. I like it because it is a deception, and deceived, I like to dance and sing. I know it's not true, that "you pay for what you do," as the lyrics say. I've never seen those people who mistreat me, who look down on me, pay for what they do. It's not true either that life is like a seesaw. I just go to work and back. I mix cement and then I mix it again. Nothing more! Everything is a lie in that cueca; it doesn't mean anything real. That is why it means so much to me. When I tell my friends this, they laugh. "Have a drink, Julico!" - they say. And I also laugh, what else can I do?... "Cheers!" - I say. And so we drink. Everything is laughter at that table! And we joke, and we gossip. Nobody says anything; there are no flies nor dust there. We hug each other without disgust because we are all dirty. In that moment I can sing and dance freely. Those are the moments when my heart rejoices. I forget about the rest. My memory is lost. I am dying life, but I take no notice.

CUENTO GANADOR

Categoria B

(Versiones en idiomas nativos e inglés)

Arsuñ_Yatiqaña

Marcio Aguilar Jurado



Mä rayruwa arup waystat kutt'ayi. Ukampis Juwanax wal sintisi, kunalaykutix taykapa Tinirara Apasawa, jan mä kutis ist'awaykitti, Jupax jiwawayxiw jan phuchhapan arup uñt'asa, pä urunak aka chinuqa phaxsit sarakkipanwa, pä waranq phisphani marana jakañ tukuwayxatayna, ukaxa tunka pusin maranak nayra, janira rayrux thayampi chika mistkipana, juparuxa cáncer usumpiwi p'ampachwayxapxatayna. Juwanax, janchit arut amutukaspas ukhamawa, juk'ampis arsusiñix yatiskiwa. Janiwjupaxparlkkantti, khitim arskan ukaxa Tinirara Apasa taykapanwa, jupaw phuchhapar janchipampi arupampi jaytawayatayna. Kunawsatim wiraxuchax arxayatam ukhaxa, mayk' alt'ataw, alintatatawa, akhama, uñtita, p'iqik alintata, janiw taqpachxa, ukatx: Jisa Justawu wiraxucha, walikiw Justawu wiraxucha, ukham sasina sata. Ukham luräta, ¿qatukistaxay wawa? Ukatx Juwanax p'iqipampikiw yaw sanxa. Tinirara Apasatakixa ukhamaxa janiw walikantti. –Ay imilla-waystat saskakinwa – saskmawa, nayjamayatawa, nayjamaw arsusita. Lakamat ist'añ munta ¿qatuqistati? Ukat Juwanax sarkinwa: say taykaja, jisa taykaja, ukhamaniwa taykaja.

Juk'amp jayp'uruxa, rayru taypit Juwanax, ukaxa kunjamas amutuñ uka yatiqañatakiw sasaw sarkinxa. Alt'aña suma yatiqasaxa, k'achat quña arumpi arsusiña yatiqasaxa, k'achat taqikuna apnaqañ yatiqasaxa, suma isinak suk'at apnaqasaxa Juwanax taykapakapjamaxanwa, taykparuw tukuwayxana. Kunawsatim pä urunak chinuqa phaxsit saraqkipan pä waranqa phisqhani maratxa, uka uruwa uka taykapjam kipkakiñax tukusiwayxana. Tinirara Apasawa jiwawayxan ukhaxa, Juwanakiw tata Justawun utap uñjañataki qhiparxtanxa. Mä uruxa, jani taykap ukankxipanxa, uka awkilix tawaquruw saykataraki, ukat jisk't'araki: ¿Kullakanakamax utjiti? Janiw Justawu tata, sasaw Juwanax sarkinxa. Ukax janiw walt'atakitti, sasarakiw awkilix arsunxa. Jumanakaxa, aymar warminakaxa utan irnaqañ sum yatiptaxa, ukatak yuritapxtawa ¿ukhamaxaya? Akat mä phaxsiruw yuqajax sapak utapar jakasir sarxani, jupatakiw taykamjam mä irnaqir warmi munta, janukast jumjama. Lup'inchhä, mä wila masimax utjapachawa, janukasti mä uñt'atamax utjapunpachawa. Juwanax amukiw uñch'ukinx. Jawp'uruxa, kunawsatim thayamp chik mistsuñakan ukhaxa, jupax ukhamaw jan aruni tukuñax sasaw sarkinxa. Niya tunka maranak taykapan jiwatapatxa, ukampirus pusi maranak janir thayamp chik mistkasaxa, Juwanaxa, tunka llatunkani maranixan ukaxa, tata Justawun utapat sarxaña amtarakinxa. Mä arumaw mistuwayxi, kunawsatim uka awkilin janchi jump'ipax jupan janchipar makhatkan uka aruma. Tinirar

Apasaxa janiw uka tuqit kuns yatichawaykanti. Juwanax, kunawsatim juk'a isinakap mä wayuqar uskkan ukaxa, wali taykapat amtasina. ¿Jumarus kipkaraki? ¿Jumarus nayjamaruraki? Jawp'uruxa, Juwanax arsuñ yana nayraqatanxa wali thithitarakiw arsusinx, Llaki taypinx arux chhaqtawayxiwa, janchix sarawayxiwa, sasarakiw arsusinx. Tinirara Apasan phuchhapax uka arumaw sarawayjanxa. Thakhin sarnaqkasax amuyasinwa, janiw mä utatak sarawayxanti, taykapats saraqawayxaps ukhamanwa, juk'ampis jupa payspat sarxaspas ukhamanwa. Nayjamañamawa, nayjamaw arsusiñama, ay aka imillaxa, ukhama Juwanax amtasina. Jicchasti, taykaja ¿kamacht'asisa? ¿jumax kunrak kamachtasti? ¿Jumax mistuniwayxarakatati? ¿kutt'awayxtacha? Uka jisk't'awinakxa janiw uka arumax qhanstaykanti, ni jutir arumanakasa. Mä jayp'uwa, kunawsatim niya pusi maranak jach'a yatiqañ utankxan ukhawa Juwanax rayru utan qunusiskana, nayraqatapanx arsuñ yanawa sayaskana. Jupax yaqha jupjam warminak taypinkanwa. Rayrut arst'asir mamax akhamraki sanxa: Akankiw Juwana, jupax yatiyiriwa, jupax wali arxayistani. Juwana jumxat parlapxita. Nayax jumjamarakiw utan irnaqiriyata, ukham sasaw Tinirara Apasa maman phuchhapax arsusinx, nayax jichhakiw arsusiña, parlasiña yatiqaska.

Parlayta Yachay

Marcio Aguilar Jurado

Juk wayrasimi parlayninta kutichipun. Jinapis, Juanaqa chay parlayninta maman Trinidad Apaza mana uyarisqanmanta llakirikun, chunka tawayuq wata ñawpaqta chay wayrasimipi llusqinanman kachkaptin 2005 wata qhaqmuy killap 2 kaq p'unchawninta mamantaqa ismuyatawan p'ampaykapurqanku, mana wawanpa parlayninta uyarispallamin ripurqa. Juanaqa, mana parlaq ukhunmantawan siminmantawan, parlarqapunipis. Jinapis, mana paychu parlaq, maman parlpuq. Trinidad Apazaqa wawanman kikin ukhunta kikin parlayninta churaykusqa. Tata kamachisuptinqa, k'umuykurinki, ajinata, qhawaway, umallata, mana tukuy ukhuntingin, ñiq; ari tata Gustavo, ya tata Gustavo, jinataqa kutichinki. Jinata ruwanki, uyariwankichu, waway?, ñispa ñiq. Juanataq umallanwan kutichiq, umanta wichayman chanta urayman kuyuchispa. Trinidad Apazamanqa mana ajinata wawan kutichisqanqa allinchi rikch'arqa. Ay, kay imillaqa, ñispa watiqmanta ñillaqtaq. Ñuqajina kanayki tiyan, ñuqajina ñinayki tiyan, ñichkayki. Simiwan



kutichinawaykita munani, jap'iqankichu? Chantaqa, Juanaqa jinata kutichiq: ari mamay, ya mamay, ajina kanqa mamay. Juanaqa, astawan qhipataqa, chaykunaqa mana parlayta yachaqay kasqanta wayrasimipi ñinqa. Sapa k'umuykuyninta yachapaytawan, sapa ñiyta yachapaytawan, thantakunata k'uchi jap'iraytawan, kamachiykunata uyarispa p'achata suk'aytawan, Juanaqa mamanman rikch'akurqa. Jaqay 2005 wata qhaqmuy killap 2 kaq p'unchawninta chay mamanta yachapasqanqa tukukurqa. Trinidad Apaza wañusqantawanqa, Juana tata Gustavop wasinta uywaq qhipakurqa. Juk p'unchaw maman mana kanankamalla, tata Gustavo Juanap ñawpaqinpi rikhurirqa, kayjinataqa tapurqa: ñañaykikuna tiyapusunkichu? Mana tiyapuwanchu, tata Gustavo, ñispa Juanaqa kutichirqa. Imanasunman, ñispa ñillarqapuni chay runaqa. Qamkuna inyakuna, cholas, sumaqta llamk'ankichik, emleadapaqpuni paqarinkichik, jinachari? Juk killamantawan qhari waway sapan tiyanqa, chaypaq mamaykitajina munani, qamtajina. T'ukuruy, icha ima ñañallaykipis kachkanpuni. Juanaqa ch'inlla qhipakurqa. Juanaqa, astawan qhipataqa, chaykunaqa parlayta chinkachiy yachaqay kasqanta wayrasimipi ñinqa. Yaqha chunka wata maman wañupusqanmanta, tawa p'unchaw wayrasimipi llusqinanman kachkaptin, Juana, chunka jisiq'unniyuq kachkaspa, tata Gustavop wasinmanta llusqipurqa. Juk tuta chay millay runap jump'iyinin ukhunman yaykurqa, chay tutallataq. Trinidad Apazaqa mana chaymantaqa

yachachisqachu. Juanaqa, yupasqa p'achan kapusqanta q'ipichakuchkaspa, mamanpi t'ukurirqa; qamtapis, mamay? Qamtapis ñuqatajina?, ñispa ñikurqa. Juanaqa, astawan qhipataqa, mikruphunupi yawrayninta kunkanpi jark'aspa, nanaywan ukhu chantapis parlay chinkapusqanta ñinqa. Trinidad Apazap wawanqa chay tuta llusqipurqa. Purisqanmanjinataq mana chay wasillamantachu ayqhikuchkasqantariparakurqa, mamanmanta chanta kikin paymantapis ayqhikuchkallarqataq. Ñuqajina kanki, ñuqajina ñinki, ay kay imillaqa, ñispa Juanaqa yuyarikurqa. Kunanri, mamay, imatataq ruwasqa? Imatataq qam ruwarqanki?, Llusqipullarqankitaqchu kutiykurqankichu? Chay tutaqa mana ima kutichiykunata tarirqachu, manallataq qhipan tutakunapis. Juk ch'isiyayta, tawa watata jatun yachaywasipi yachaqaytawan, Juanaqa juk wayrasimi, mikruphunup chimpanpi tiyachkarqa. Paywan khuskataq wak warmikuna payjinallataq kachkarqanku. Juk chhikanta riqsichitawan, pichus chay wakichiyta apaykachaqqa, kayjinata ñirqa: ñuqanchikwan kachkan Juana, payqa willaykamayuq, machkha imakunata willariwasunchik. Juana, kawsayniykimanta parlariwayku. Ñuqapis impliyarallataq karqani, ñispa Trinidad Apazap wawanqa qallarirqa, ñiykichikmantaq kunanraq parlayta yachachkani.

Yaikua Yayemongueta

Marcio Aguilar Jurado

Metei ñeerenduka omeeye ñee chupe. Ereĩ, Juana, ipia ikaviã oĩ, ichi, Trinidad Apaza oenduã ramo. Ojo omano paravete, oikuaã mbae reve kereĩko imembi kuña iñee, echako omano mbaerasi jeko pegua mokoi yasipi mokoi eta pandepope, pañandepo irundi oasama ndaye.

Juana, mbaeti iñee, ereĩ ipuere oyemongueta. Ereĩ, jaeã oyemongueta vae, ichi ndaye. Trinidad Apaza ndaye oike imembi jetepe jare oñono iñee. Patrou nemondo yave, jeise chupe, neaãka tinditako, joko raĩ, emae chere, neaãño, mbaetita opa nderete, jare rereta chupe: jae kavi don Gustavo, joko raĩ don Gustavo, ereĩ don Gustavo. Joko raĩ rereta, rendupa reĩ, chemembi? Ereĩ Juana omomiño iñãka chupe: omomi ivate koti jare ivi koti. Ichipe ndaye jokuae mbaeti ikavi chupe. Ikaviã jeko kuae kuñatai, jeiye chupe: jae aĩ ndve, cherami reikota, cherami rereta. Aipota neñee remoe cheve, rendu reĩ? Jokogui ramo Juana jei chupe: ereĩ chesi, joko raĩ chesi, jae kavi chesi.

Ereĩ Juana, kuri jei yerenduka rupi, ñandeãka tindi vae, jaeko ñane ñeeã vae rami.



Mbeguepe, Juana omojanga ichi oyapo vae, omojaanga iñee yave, oipi tarapo ichi rami yave, omboyiapa temimonde reta juare ombojisi yave, Juana ojo ichi ogua katu. Ereĩ, jokuae teko opa mokoi yasipi mokoi eta pandepope. Trinidad Apaza omano yave, Juana opita don Gsutavo jëta iyangarekoãra. Meteĩ ara, ichi iãpe, ndechi oyemboi jovai jare oparandu chupe: oimepa nde piki ani nde rike? mbaeti, don Gustavo, jei Juana chupe. Paravete!, jei ndechi jare jokogui jeiye: pereta, kuaepeguai peiko vae, jae kavi peparaviki, jaerã chagua peiko? Meteĩ yasipe, cherai jaeñoma oikota, aipota jëta iyangarekoãra ndesi rami, nde rami. Yaecha, eyemomaendua, oimeko aipo renoi nde rëtarã ani ndesãa. Juana kiriri opita.

Kuri, yerenduka rupi, jae jei, jokuae teko jaeko ñamokañi ñane ñee vae rami.

Payandepo arasa oasama ichi omanoma yave jare irundi arasa ndei iñee oë yerenduka rupi vaerã yave, Juana, guinoi payandepo chau arasa jayave, jae oeya don Gustavo jëta. Meteĩ piare oë, jokuae piare ndechi jiaipo oike ramo jetepe yave. Trinidad Apaza mbaeti yepi jokue tekore omboe oeya. Juana, oyupavo imbae-nbae reta yave, ichire imaendua oiko.

Ndeve jaenungavi? Oasavi ndeve cheasa vae?

Kuri, yerenduka rupi oyemongueta iyarasi reve yave, Juana jei, yande arasi yave yamokañi ñee jare ñande rete.

Trinidad Apaza imembi kuña oë jokuae piare. Oguata ojo yave, ipia yemonguetape jei, aeya aĩ tëta, chesi jeko jare che reko araja aiko vae. Che rami reikotako, che rami rereta, ikaviã jeko kuae kuñatai jeise vae, imaendua Juana. Ereĩ, añavepa chesi, mbae ayapota?, Mbaepa nde reyapo?, Reëpavi?, reyuyepa? mbaeti ñee ovaë chupe jokuae piare, joko raĩñoivi ñru arape. Meteĩ karu, irundi arasa oasama yemboe guiraja Yemboerendaguasupe yave, Juana uguapi oiko yerenduka rendape jare tembiporu yemongueta guinoi jenonde. Iyikepe, oime ñru kuña reta. Michimi omoërakua, jokogui jei: kuape ñanoi Juana, jaeko yerenduka rupi oyemongueta vae jare imiarita oreve mbovi tekore. Juana, eyemongueta teko reasa vaere. Che, asirivevi patrou rëtape, jei Trinidad Apaza imembi kuña, jaëramo chepuere jae peve, jaëramo aikuaa ayemongueta.

Traducido al guaraní por Elias Caurey

Learning to speak

Marcio Aguilar Jurado

A radio gave her back her voice. But Juana regrets that Trinidad Apaza, her mother, could not hear her. She went to her grave without knowing her daughter's voice because on January 2, 2005, fourteen years before the radio broadcast, she was buried together with her cancer.

Juana, mute in body and voice, was in fact able to speak. But she wasn't the one speaking, her mother was. Trinidad Apaza had put her own body and her own words on her daughter. "When the man sends for you," she would tell her, "you have to bend over a little, like this, look at me, only your head, not your whole body, and you have to respond: yes, Don Gustavo, of course Don Gustavo, that's fine Don Gustavo. That's what you have to do, do you understand me, daughter?" And Juana nodded: one upward movement, one downward movement. But Trinidad Apaza didn't like that. "Ah, this imilla [girl]" she would say again. "I am telling you; you will be like me; you will say what I say. I want you to answer me with your mouth, do you understand?" So, Juana would answer, "Yes mom, of course mom, that's fine mom."

Later, Juana would say on the radio that this was a way of learning to be silent.



After imitating each inclination of the body, after repeating each intonation of her voice, after holding the mops with the same effort, after folding the clothes to reproduce the same order, Juana became her mother. And on January 2, 2005, the copy came to an end. When Trinidad Apaza died, Juana was left in charge of Don Gustavo's house. One day, taking advantage of the mother's absence, the old man stood in front of the daughter and asked her, "Do you have any sisters?" "No, Don Gustavo," Juana replied. "What a pity," the old man continued. "You indias, cholos, work well, I think you are born to be servants, aren't you? In one month my son will leave home and live alone and I want someone like your mother, someone like you, for his house. So, think, you must have a cousin, a friend." Juana kept silent.

Later, on the day of the broadcast, she would say that this was a way of losing her voice. Almost ten years after her mother's death and four years before the radio broadcast, Juana, who was nineteen years old, decided to leave Don Gustavo's house. She left one night, the night that the old man's sweat entered her body for the first time. Trinidad Apaza had not taught her anything about this. Juana, while putting the few clothes she had in a bag, was thinking of her mother. You too, mom? You too, just like me?

Later, modulating her anger with the microphone in front of her, Juana would say that the pain made her lose her voice and also her body. Trinidad Apaza's daughter left that night. And as she walked, she realized that she was not only escaping a house, but that she was also escaping from a mother and escaping from herself. "You will be like me; you will say what I say. Ah, this imilla," remembered Juana. But now, mom, what should I do? What have you done? Have you also left? Have you come back? She wouldn't find the answers that night, nor the following ones. One afternoon, after four years of studying at the university, Juana was sitting in the office of a radio station with a microphone in front of her. At her side, there were other women like her. After a brief introduction, the radio host said, "Here we have Juana, she is a communicator and has many things to tell us. Juana, tell us about your experience." "I was also a domestic worker," Trinidad Apaza's daughter said, "and I can tell you that only now have I learned to speak."

Traducido al inglés por Sofie Van Renterghem



BANCO MUNDIAL
BIRF • AIF | GRUPO BANCO MUNDIAL